

GANADORA DE LOS PREMIOS HUGO Y NÉBULA



# BINTI

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH



Su nombre es Binti, y es la primera de los himba a la que se le ha ofrecido una plaza en Oomza Uni: la mejor institución de enseñanza superior de la galaxia. Aceptar esta oferta significará abandonar su casa, su familia y viajar a través de las estrellas entre extraños que no comparten su forma de ser ni respetan sus costumbres.

Lo que Binti no sabe es que el conocimiento le costará caro. Una sanguinaria raza alienígena, las medusas, amenazan su viaje y, para poder sobrevivir, necesitará la ayuda de su pueblo y de la sabiduría contenida en la Universidad.

Nnedi Okorafor

---

# **Binti**

Binti

1



Título original: *Binti*  
Nnedi Okorafor, 2015  
Traducción: Bataller Estruch, 2018

(AG)

---

Revisión: 1.0

*Dedicado a la pequeña medusa azul que vi nadando en el lago Khalid un día soleado en  
Sharjah, Emiratos Árabes Unidos*

## BINTI

Encendí el transportador y recé una oración en silencio. No tenía ni idea de lo que haría si no arrancaba. Mi transportador era barato, así que hasta una gotita de humedad o, lo que es más probable, un grano de arena, podría provocar un cortocircuito. Era defectuoso y en la mayoría de los casos me costaba reiniciarlo una y otra vez para que funcionara. «Ahora no, por favor, ahora no», pensé.

El transportador vibró en la arena y contuve la respiración. Diminuto, plano y negro como una piedra de oración, zumbó sin hacer ruido y luego se elevó despacio desde la arena. Produjo por fin la energía levantaequipajes. Sonreí. Ahora ya podía llegar a la lanzadera. Con el dedo índice tomé *otjize* de mi frente, me arrodillé y toqué la arena con el dedo para enterrar la arcilla roja de olor dulzón.

—Gracias —susurré.

Era un paseo de media milla por la carretera oscura del desierto. Como el transportador funcionaba, llegaría allí a tiempo.

Tras enderezarme, me detuve y cerré los ojos. El peso de toda mi existencia recaía ahora sobre mis hombros. Por primera vez en la vida desafiaba la parte más tradicional de mí misma. Me marchaba en medio de la noche y ellos no tenían ni idea. Mis nueve hermanos, todos mayores que yo, salvo por una hermana y un hermano más jóvenes, no lo habrían visto venir. Mis padres jamás se hubieran imaginado que yo haría algo así ni en un millón de años. Para cuando todos se dieran cuenta de lo que había hecho y a dónde me dirigía, yo ya habría abandonado el planeta. En mi ausencia, mis padres se gruñirían el uno al otro que nunca jamás me dejarían volver a poner un pie en su casa. Mis cuatro tías y mis dos tíos, que vivían calle abajo, gritarían y chismorrearían entre ellos sobre la vergüenza que suponía para todo el linaje. Me iba a convertir en una paria.

—Vamos —susurré en voz baja al transportador, con una patada. Los finos aros de metal que llevaba alrededor de cada tobillo tintinearón con fuerza, pero le volví a propinar un puntapié. Una vez puesto en marcha, el transportador funcionaba mejor sin tocarlo—. Vamos —repetí, con sudor en la frente.

Al ver que no se movía nada, me arriesgué a empujar las dos grandes maletas colocadas encima del campo de fuerza. Se movieron con suavidad y yo solté otro suspiro de alivio. Al menos tenía un poco de suerte de mi parte.

Quince minutos después, compré un billete y embarqué en la lanzadera. El sol apenas había empezado a asomar por el horizonte. Clavé la mirada en el suelo mientras avanzaba entre pasajeros sentados y demasiado conscientes de las puntas tupidas de mi cabellera trenzada que les golpeaban en la cara con suavidad. Nuestro cabello es espeso, y el mío siempre lo ha sido especialmente. A mi anciana tía le gustaba llamarlo *ododo* porque crecía indómito y denso como la hierba *ododo*. Justo antes de marcharme, había recubierto mis trenzas con *otjize* fresco y perfumado que elaboré precisamente para el viaje. A saber lo que les parecería a esas personas que no conocían tan bien a mi pueblo.

Una mujer se apartó de mí cuando pasé y arrugó la cara como si hubiera olido algo apestoso.

—Lo siento —susurré con la cabeza gacha e intentando no hacer caso a las miradas de casi toda la gente de la lanzadera.

Aun así, no pude evitar echar un vistazo alrededor. Dos chicas, que tendrían un par de años más que yo, se cubrieron la boca con unas manos muy pálidas, como si el sol no las hubiera tocado nunca. Parecía que todos tuvieran al sol de enemigo. Yo era la única himba en la lanzadera. Enseguida encontré un asiento y me dirigí hacia allí.

La lanzadera era uno de los nuevos modelos elegantes semejantes a las balas que mis profesores usaban para calcular coeficientes balísticos en los últimos años de enseñanza. Se deslizaban con rapidez sobre la tierra gracias a una combinación de corriente de aire, campos magnéticos y energía exponencial: una nave fácil de construir si se dispone de material y tiempo. También era un buen vehículo para el terreno cálido del desierto, donde las carreteras que salían del pueblo estaban en muy mal estado. A mi gente no le gustaba abandonar su tierra. Me senté en la parte trasera para poder mirar por el gran ventanal.

Podía ver las luces de la tienda de astrolabios de mi padre y del analizador de tormentas de arena que mi hermano había construido en lo alto de la Raíz, nombre que recibía la enorme casa de mis padres. Seis generaciones de mi familia habían vivido allí. Era la casa más vieja del pueblo, quizás la más vieja de la ciudad, hecha de piedra y hormigón, fría por la noche, cálida por el día. Estaba revestida de paneles solares y cubierta con plantas bioluminiscentes a las que les gustaba dejar de brillar justo antes del amanecer. Mi dormitorio se encontraba en la parte más alta de la casa. La lanzadera empezó a moverse y miré hasta que dejé de divisarla.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuré.

Una hora y media después, la lanzadera llegó al puerto de despegue. Yo era la última, y me pareció bien, ya que la vista del puerto me sobrecogió tanto que lo único que pude hacer durante unos instantes fue quedarme plantada. Llevaba una larga falda roja, sedosa como el agua, una camisa de color naranja claro, rígida y duradera, unas sandalias de piel fina y mis tobilleras. Nadie a mi alrededor vestía un atuendo así. Solo veía velos y prendas ligeras y sueltas; ninguna mujer llevaba los tobillos expuestos, ni tintineaban con brazaletes metálicos. Respiré por la boca y noté que el calor se extendía por mi rostro.

—Tonta, tonta, tonta —susurré.

Los himba no viajamos. No nos movemos. Nuestra tierra ancestral es vida; si te alejas de ella, te apagas. Incluso nos cubrimos el cuerpo con ella. «Otjize» es tierra roja. En el puerto de despegue, la mayoría de personas eran khoush y había otras pocas que tampoco eran himba. Aquí, yo era una extraña.

—¿En qué estaría pensando? —musité.

Tenía dieciséis años y nunca había salido de mi ciudad, y ni siquiera me había acercado a la estación de despegue. Me hallaba sola y acababa de dejar a mi familia. Mis posibilidades de matrimonio habían sido del cien por cien y ahora se acababan de reducir a cero. Ningún hombre querría a una mujer que hubiera huido. Sin embargo, además de arruinar las perspectivas de una vida normal, había sacado notas tan altas en los exámenes planetarios de matemáticas que la Universidad de Oomza no solo me había admitido, sino que prometió pagar por todo lo que necesitara para poder asistir. Daba igual qué decisión tomara, nunca iba a tener una vida normal, la verdad.

Miré a mi alrededor y enseguida supe lo que debía hacer. Me encaminé hacia el mostrador de información.

— oOo —

El agente de seguridad de transporte examinó mi astrolabio; fue un análisis completo y exhaustivo. Mareada por la consternación, cerré los ojos y respiré por la boca para tranquilizarme. Solo por dejar el planeta tenía que darles acceso a toda mi vida: a mí, a mi familia y a las predicciones sobre mi futuro. Me quedé allí plantada, paralizada, escuchando la voz de mi madre en la cabeza:

—Hay una razón por la que nuestro pueblo no va a esa universidad. Oomza Uni te quiere para su propio provecho, Binti. Ve a esa universidad y te convertirás en su esclava.

No pude evitar considerar la posible verdad en sus palabras. Aún no había llegado allí y ya les había dado mi vida. Quería preguntarle al agente si ese procedimiento se lo hacían a todo el mundo, pero sentí miedo ahora que ya lo había terminado. A estas alturas, podían hacerme cualquier cosa. Lo mejor sería no causar problemas.

Cuando el agente me entregó el astrolabio, resistí el impulso de arrebatárselo. Era un anciano khoush, tan viejo que ostentaba el privilegio de llevar el turbante y el velo de la cara más oscuros. Sus manos temblorosas estaban tan retorcidas y artríticas que casi dejó caer el astrolabio. Estaba torcido como una palmera moribunda, y cuando me dijo: «Como nunca has viajado, debo hacer un examen completo. Quédate donde estás», su voz sonó más seca que el rojo desierto a las afueras de mi ciudad. Pero leyó el astrolabio tan rápido como mi padre, hecho que me impresionó y me asustó por igual. Lo convenció para que se abriera susurrando unas pocas ecuaciones determinadas y sus manos, firmes de repente, movieron los discos como si le pertenecieran.

Al terminar, la mirada penetrante de sus ojos verde claro pareció examinarme con más profundidad que el análisis de mi astrolabio. La gente esperaba detrás de mí y fui consciente de sus cuchicheos, risas tenues y murmullos infantiles. Hacía frío en la terminal, pero sentí el calor de la presión social. Me dolían las sienes y me picaban los pies.

—Enhorabuena —me dijo con esa voz reseca mientras me ofrecía el astrolabio.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño, confundida.

—Eres un orgullo para tu pueblo, niña —dijo mirándome a los ojos. Entonces sonrió de oreja a oreja y me dio unas palmaditas en el hombro. Acababa de ver toda mi vida. Sabía que me habían admitido en Oomza Uni.

—Ah. —Me picaban los ojos por las lágrimas; cogí el astrolabio y, con voz ronca, dije—: Gracias, señor.

Me abrí paso rápidamente a través de la multitud de la terminal, demasiado consciente de su proximidad. Pensé en buscar un baño para ponerme más *otjize* en la piel y recogerme el pelo, pero en vez de eso seguí moviéndome. La mayoría de las personas en la concurrida terminal llevaban las vestimentas negras y blancas de los khoush: las mujeres se cubrían de blanco con cinturones y velos multicolores y los hombres iban de negro, como espíritus poderosos. Los había visto por la televisión y yendo de aquí para allá en mi ciudad, pero nunca me había encontrado en un mar de khoush. Eso era el resto del mundo y yo me hallaba por fin en él.

Mientras hacía cola para pasar por seguridad antes de embarcar, sentí un tirón en el pelo. Me di la vuelta y topé con las miradas de un grupo de mujeres khoush. Me observaban. *Todos* los que estaban detrás me estaban observando.

La mujer que me había tirado de la trenza se examinaba y frotaba los dedos. Tenía las yemas del rojo anaranjado de mi *otjize*. Las olió.

—Huele a jazmín —le dijo a la mujer de su izquierda, sorprendida.

—¿No es mierda? —le respondió—. Me habían dicho que olía a mierda porque es mierda.

—No, es jazmín, no hay duda. Aunque es espeso como la mierda.

—¿Su pelo es de verdad? —preguntó otra mujer a la que se frotaba los dedos.

—No lo sé.

—Estos *embarrados* son unos mugrientos —masculló la primera mujer.

Me di la vuelta sin más, con los hombros encorvados. Mi madre me había aconsejado que permaneciera callada ante los khoush. Mi padre me contó que, cuando se juntaba con los mercaderes khoush que acudían a nuestra ciudad a comprar astrolabios, intentaba pasar lo más desapercibido posible.

—Es eso o empezar una guerra con ellos que yo mismo acabaría —dijo.

Mi padre no creía en la guerra. Decía que la guerra era el mal, pero que si la había, la disfrutaría como si fuera arena en una tormenta. Entonces soltaba una pequeña oración a las Siete Deidades para mantener la guerra alejada y otra para sellar sus palabras.

Me eché las trenzas hacia delante y toqué el *edan* en el bolsillo. Dejé que mi mente se concentrara en él, en su extraño lenguaje, en su extraño metal, en su extraño tacto. Había encontrado el *edan* una tarde, hacía ocho años, mientras exploraba las arenas de los desiertos interiores. «Edan» era el nombre genérico para un aparato tan viejo que nadie conocía su cometido, tan viejo que ahora solo era arte.

Mi *edan* era más interesante que cualquier libro o cualquier nuevo diseño de astrolabio que fabricara en la tienda de mi padre y por el que, seguramente, esas mujeres se matarían entre ellas por comprar. Y, metido en mi bolsillo, me pertenecía, y las cotorras esas de detrás nunca lo sabrían. Las mujeres hablaban sobre mí y los hombres seguramente también lo harían. Pero ninguno sabía lo que tenía, dónde iba, quién era. Que cotillearan y juzgaran. Por suerte, entendieron que no debían tocarme el pelo otra vez. A mí tampoco me gusta la guerra.

El guardia de seguridad hizo una mueca cuando avancé. Detrás de él podía ver tres entradas; la del medio conducía hasta la nave llamada *Pez Tercero*, que me llevaría hasta Oomza Uni. La puerta abierta era grande y redonda, y desembocaba en un largo corredor iluminado por una tenue luz azul.

—Acérquese —dijo el guardia de seguridad.

Llevaba el mismo uniforme que todo el personal de bajo rango de la estación de despegue: una

larga chilaba blanca y guantes grises. Yo solo había visto ese uniforme en grabaciones y libros; contuve la risa, muy a mi pesar. Tenía una pinta ridícula. Di un paso adelante y todo se volvió rojo y caliente.

Cuando el escáner corporal pitó al acabar, el guardia de seguridad rebuscó en mi bolsillo izquierdo y sacó el *edan*. Se lo acercó a la cara con el ceño muy fruncido.

Esperé. ¿Qué sabría él? Inspeccionaba la forma de cubo estrellada, presionando sus numerosos puntos con un dedo y mirando los extraños símbolos que yo había intentado descifrar durante dos años sin éxito. Se lo acercó para ver mejor los intrincados círculos y espirales de azul, negro y blanco, muy parecidos a los lazos que llevaban las jóvenes en la cabeza para el ritual de su undécimo cumpleaños.

—¿De qué está hecho? —preguntó el guardia, pasándolo por un escáner—. No lee ningún metal conocido.

Me encogí de hombros, demasiado consciente de la gente que había detrás de mí esperando en la cola y mirándome. Seguramente para ellos sería como una de esas personas que vivían en cuevas en las profundidades del desierto interior, tan ennegrecidas por el sol que parecían sombras andantes. No me enorgullece decir que tengo sangre del Pueblo del Desierto por parte de mi familia paterna; de ahí provienen mi piel oscura y el espesísimo pelo.

—Leo en su identificación que es armonizadora, una con mucho talento que fabrica los mejores astrolabios —dijo—. Pero este objeto no es un astrolabio. ¿Lo ha hecho usted? ¿Cómo puede crear algo y no saber de qué está hecho?

—No lo hice yo.

—¿Quién fue?

—Solo es un trasto muy viejo —dije—. No tiene matemáticas ni corriente. Solo es un artefacto computativo inerte que llevo para que me dé suerte.

Era una mentira a medias. Pero ni siquiera yo sabía exactamente qué podía y qué no podía hacer.

El hombre me miró como si quisiera preguntarme algo más, pero no lo hizo. Sonreí para mis adentros. Los guardias gubernamentales de seguridad solo recibían educación hasta los diez años, pero por su trabajo estaban acostumbrados a dar órdenes a la gente. Y, sobre todo, despreciaban a personas como yo. Al parecer ocurría lo mismo en todas partes, daba igual la tribu que fuera. Ese no tenía ni idea de lo que era un «artefacto computativo», pero no quería revelar que una pobre muchacha himba tenía más educación que él. No delante de toda esa gente. Así que me hizo avanzar rápido y me hallé, por fin, en la entrada de la nave.

No podía ver el final del pasillo, por lo que me quedé mirando la puerta. La nave era una obra magnífica de tecnología viva. *Pez Tercero* era una Miri 12, un tipo de nave que pertenecía a la familia de las gambas. Las Miri 12 eran criaturas tranquilas y estables, con exoesqueletos naturales que podían resistir las crudezas del espacio. Se modificaban genéticamente para que generaran tres cámaras de respiración en sus cuerpos.

Los científicos trasplantaban con rapidez plantas en crecimiento dentro de esas inmensas salas que, además de producir oxígeno a partir del CO<sub>2</sub> que llegaba desde otras partes de la nave, absorbían benceno, formaldehído y tricloroetileno. Era una de las clases de tecnología más alucinantes sobre las que había leído. En cuanto me instalara, pensaba convencer a alguien para que me dejara ver una de esas increíbles salas. Pero en ese momento no pensaba en la tecnología

de la nave. Me hallaba en el límite entre mi casa y mi futuro.

Entré en el corredor azul.

— oOo —

Así es como empezó todo. Encontré mi habitación. Encontré mi grupo: doce estudiantes nuevos, todos humanos, todos khoush, de quince a dieciocho años. Una hora después, el grupo y yo habíamos encontrado un técnico de la nave para que nos enseñara una de las cámaras de respiración. No era la única estudiante nueva en Oomza Uni que deseaba con desesperación ver esa tecnología en funcionamiento. Allí dentro el aire olía a selvas y bosques que yo solo había visto en los libros. Las plantas tenían hojas resistentes y crecían por todas partes, desde el techo y las paredes hasta el suelo, salvajes y llenas de flores. Podría haberme quedado respirando ese aire fresco y perfumado durante días.

Conocimos al líder de nuestro grupo unas horas después. Era un viejo khoush severo que, al examinarnos a los doce, hizo una pausa al llegar a mí y preguntó:

—¿Por qué vas cubierta de esa arcilla roja grasienta y cargada con todas esas tobilleras de metal? —Cuando le conté que era himba, dijo con frialdad—: Lo sé, pero no has respondido a mi pregunta.

Le expliqué que mi pueblo tenía una tradición sobre el cuidado de la piel y que llevábamos aros de metal en los tobillos para protegernos de las mordeduras de serpiente. Me miró durante mucho rato; el resto de mi grupo también me observaba como si fuera una mariposa rara y poco común.

—Ponte tu *otjize* —dijo—. Pero no tanto como para manchar la nave. Y si esas tobilleras son para protegerte de las mordeduras de serpiente, ya no las necesitas.

Me las quité, aunque dejé dos aros en cada tobillo. Lo suficiente para que tintinearan en cada paso.

Era la única himba de la nave entre quinientos pasajeros. Mi tribu está obsesionada con la innovación y la tecnología, pero es pequeña, reservada y, como he dicho, no nos gusta dejar la Tierra. Preferimos explorar el universo viajando hacia el interior, en lugar de hacia el exterior. Ningún himba ha asistido jamás a Oomza Uni, por lo que no resultaba sorprendente que fuera la única en la nave. Sin embargo, no es fácil lidiar con una situación así por muy poco sorprendente que sea.

En la nave había mucha gente abierta y amante de las matemáticas y de experimentar, aprender, leer, inventar, estudiar, obsesionarse, demostrar. No eran himba, pero pronto comprendí que seguían siendo mi gente. Aunque yo destacaba como himba, los puntos en común brillaban con más intensidad. Hice amigas enseguida y, tras dos semanas en el espacio, nos convertimos en buenas amigas.

Olo, Remi, Kwuga, Nur, Anajama, Rhoden. Solo Olo y Remi pertenecían a mi grupo. A las demás las conocí en el comedor o en la sala de aprendizaje donde los profesores que iban a bordo daban algunas conferencias. Todas habían crecido en amplias casas; no habían caminado nunca por el desierto ni habían pisado una serpiente escondida en la hierba seca. Eran chicas que no podían soportar los rayos del sol de la Tierra si no era a través de ventanas tintadas.

Aun así, eran chicas que me entendían cuando hablaba de «ramificar». Nos sentábamos en mi habitación (como tenía poco equipaje, era la más vacía) y nos retábamos a mirar las estrellas e imaginar la ecuación más compleja y luego a dividirla por la mitad y partirla una y otra vez. Cuando se hacen fractales durante un buen rato, una acaba adentrándose en la ramificación lo suficiente como para perderse en los bajíos del mar de las matemáticas. Ninguna de nosotras habría entrado en la universidad si no pudiésemos ramificar, pero no es sencillo. Éramos las mejores y nos animábamos a acercarnos cada vez más a «Dios».

Y luego estaba Heru. No había hablado nunca con él, pero nos sonreíamos a través de la mesa durante las comidas. Era de una ciudad tan alejada de la mía que parecía producto de mi imaginación, donde nevaba y los hombres cabalgaban sobre enormes pájaros grises y las mujeres podían hablar con esos pájaros sin mover la boca.

En una ocasión, Heru estaba detrás de mí en la cola de la cena con uno de sus amigos. Sentí que alguien me cogía una trenza y me di la vuelta, lista para enfadarme. Me encontré con sus ojos y enseguida soltó mi pelo, sonrió y levantó las manos a la defensiva.

—No he podido evitarlo —dijo, con las yemas de los dedos rojizas por mi *otjize*.

—¿No puedes controlarte? —le espeté.

—Tienes exactamente veintiuna —dijo—. Y están trenzadas en triángulos teselados. ¿Es algún tipo de código?

Quería explicarle que sí, que había un código cuya pauta hablaba del linaje, la cultura y la historia de mi familia. Que mi padre había diseñado el código y mi madre y mis tías me habían enseñado a trenzármelo en el pelo. Sin embargo, ver a Heru hizo que mi corazón latiera demasiado rápido y no me salieron las palabras, así que solo me encogí de hombros y me di la vuelta para servirme un cuenco de sopa. Heru era alto y tenía los dientes más blancos que había visto jamás. Se le daban muy bien las matemáticas; pocos se habrían dado cuenta del código en mi pelo.

Pero nunca tuve la oportunidad de contarle que mi pelo estaba trenzado según la historia de mi pueblo. Porque pasó lo que pasó. Ocurrió el decimoctavo día de viaje. Cinco días antes de llegar al planeta Oomza Uni, la universidad más influyente, innovadora e inmensa de la Vía Láctea. Nunca en toda mi vida había sido tan feliz y nunca en mi vida había estado tan lejos de mi querida familia.

Estaba sentada en una mesa, saboreando un bocado de un postre gelatinoso a base de leche con trozos de coco; observaba a Heru, que no me devolvía la mirada. Había dejado el tenedor y tenía el *edan* en las manos. Jugueteeé con él mientras contemplaba cómo Heru hablaba con el chico que tenía al lado. El postre, rico y cremoso, se derretía poco a poco en mi lengua. Junto a mí, Olo y Remi cantaban una canción tradicional de su ciudad, porque echaban de menos el hogar, que debía ser cantada con una voz ondulante, como un espíritu de agua.

Entonces alguien gritó. El pecho de Heru estalló y su sangre caliente me salpicó. Había una medusa justo detrás de él.

— oOo —

En mi cultura se considera blasfemia rezarle a un objeto inanimado, pero lo hice de todas formas.

Le recé a un metal que ni mi padre había podido identificar. Lo sujeté contra el pecho, cerré los ojos y recé: «Estoy bajo tu protección. Por favor, protégeme. Estoy bajo tu protección. Por favor, protégeme».

Me temblaba el cuerpo con tanta fuerza que podía imaginar lo que sería morir de miedo. Contuve el aliento, con su hedor aún en mis fosas nasales y mi boca. La sangre de Heru, húmeda y espesa, me cubría la cara. Le recé al misterioso metal del que estaba hecho mi *edan* porque debía ser la única cosa que me mantenía viva en ese momento.

Respiré con dificultad por la boca y eché un vistazo por un ojo. Volví a cerrarlo. Las medusas merodeaban a menos de un metro de distancia. Una se había lanzado contra mí, pero entonces se quedó paralizada a tres centímetros de mi carne; había estirado un tentáculo hacia el *edan* y se desplomó de repente. Su apéndice se volvió gris ceniza al secarse con rapidez, como una hoja muerta.

Podía oír a las otras; sus cuerpos casi sólidos se movían ligeramente mientras llenaban y expulsaban el gas que respiraban por la umbrela transparente. Eran altas como hombres adultos, con testas abovedadas de carne tan fina como la seda y tentáculos largos que se derramaban por el suelo igual que un montón de gigantescos fideos translúcidos. Sostuve el *edan* más cerca. «Estoy bajo tu protección. Por favor, protégeme».

En el comedor estaban todos muertos. Al menos cien personas. Tenía la sensación de que toda la gente dentro de la nave estaba muerta. Las medusas habían irrumpido en la sala y empezaron a cometer *moojh-ha ki-bira* antes de que supiéramos lo que estaba pasando. Así lo llamaban los khoush. En clase de historia nos habían enseñado la forma que tenían las medusas de matar. Los khoush incorporaban historia, literatura y cultura a las lecciones que enseñaban por varias regiones. Incluso mi gente estaba obligada a aprenderlas, a pesar de que no era nuestra lucha. Los khoush esperaban que todo el mundo recordara la injusticia perpetrada por su mayor enemigo. La anatomía y la tecnología rudimentaria de las medusas también formaban parte de las clases de matemáticas y ciencias.

«*Moojh-ha ki-bira*» significa «la gran ola». Las medusas se mueven en la guerra como pez en el agua, una sustancia inexistente en su planeta que veneran como a una diosa. Sus antepasadas salieron del agua hace mucho tiempo. Los khoush, que se asentaban en uno de los territorios más húmedos de la Tierra, un planeta compuesto en su gran mayoría por agua, consideraban inferiores a las medusas.

El conflicto entre medusas y khoush provenía de una antigua pelea y de una discusión incluso más antigua. Por algún motivo, acordaron un tratado por el cual no atacarían las naves del otro bando. Y, sin embargo, allí estaban las medusas, llevando a cabo *moojh-ha ki-bira*.

Había estado hablando con mis amigas.

Mis *amigas*.

Olo, Remi, Kwuga, Nur, Anajama, Rhoden y Dullaz. Habíamos pasado largas noches riéndonos por nuestros miedos ante las dificultades y lo raro que sería Oomza Uni. Rebosábamos de ideas retorcidas que seguramente serían erróneas... o acertadas en parte. Teníamos muchas cosas en común. No había estado pensando en casa o en cómo me había tenido que marchar, ni en los horribles mensajes que mi familia había enviado al astrolabio horas después de irme. Miraba hacia el futuro y me reía porque era muy prometedor.

Pero entonces las medusas cruzaron la puerta del comedor. Estaba mirando justo a Heru

cuando apareció un círculo rojo en la parte superior izquierda de su camisa. Lo que le atravesó parecía una espada, pero fina como el papel... y flexible y rebosante de sangre. La punta se movió y apretó como si de un dedo se tratase. La vi pellizcar y enganchar la carne cerca de la clavícula de Heru.

*Moojh-ha ki-bira.*

No recuerdo lo que hice o dije. Tenía los ojos abiertos, captándolo todo, pero el resto de mi cerebro gritaba. Me concentré en el número cinco sin razón aparente. Una y otra vez pensaba «5-5-5-5-5-5-5-5-5» mientras los ojos de Heru pasaban de sorprenderse a estar vacíos. Su boca abierta dejó escapar un sonido ahogado, luego un borbotón de sangre espesa y, cuando empezó a caer hacia delante, un espumarajo de sangre con saliva. Su cabeza golpeó la mesa con un ruido sordo. Tenía el cuello girado y pude ver que sus ojos estaban abiertos. La mano izquierda se le flexionaba en espasmos, hasta que paró. Pero seguía con los ojos abiertos. No parpadeaba.

Heru estaba muerto. Olo, Remi, Kwuga, Nur, Anajama, Rhoden y Dullaz estaban muertas. Todo el mundo estaba muerto.

El comedor apestaba a sangre.

— oOo —

Nadie en mi familia quería que asistiera a Oomza Uni. Incluso mi mejor amigo, Dele, no quería que fuera. Aun así, poco después de recibir la noticia de que me habían aceptado en la universidad y cuando toda mi familia estaba negándose, Dele había bromeado con que, si iba, al menos no tendría que preocuparme por las medusas, porque sería la única himba de la nave.

—Así que, aunque mataran a todos los demás, ¡a ti ni siquiera te verían! —había dicho. Luego rio y rio, convencido de que no pensaba ir de todos modos.

Ahora sus palabras regresaban a mí. Dele. Había apartado mis pensamientos sobre él hasta el fondo de mi mente y no leía ninguno de sus mensajes. Ignorar a la gente que amaba era la única forma que tenía de seguir adelante. Cuando recibí la beca para estudiar en Oomza Uni, me adentré en el desierto y lloré durante horas. De alegría.

Lo deseaba desde que supe en qué consistía una universidad. Oomza Uni era la mejor de las mejores, con solo un cinco por ciento de humanos entre sus habitantes. Imaginé lo que significaría ir allí siendo una de ese cinco por ciento, estar allí con otros que también se obsesionan con el conocimiento, la creación y el descubrimiento. Entonces volví a casa, se lo conté a mi familia y lloré de la conmoción.

—No puedes ir —dijo mi hermana mayor—. Eres maestra armonizadora. No hay nadie tan bueno que pueda encargarse de la tienda de padre.

—No seas egoísta —me riñó mi hermana Suum. Solo tenía un año más que yo, pero aún creía que podía controlarme la vida—. Deja de buscar fama y sé razonable. No puedes irte y atravesar así como así la *galaxia*.

Todos mis hermanos se mofaron y desdeñaron la idea. Mis padres no dijeron nada, ni siquiera me dieron la enhorabuena. Su silencio ya era respuesta suficiente. Incluso mi mejor amigo Dele, que me felicitó y dijo que era más lista que cualquiera de Oomza Uni, pero luego también se rio.

—No puedes ir. —Fue lo único que dijo—. Somos himba. Dios ya ha elegido nuestro camino.

Yo era la primera himba en la historia a la que le concedían el honor de ser aceptada en Oomza Uni. Los mensajes de odio, amenazas contra mi vida, burlas y ridículo a los que me sometieron los khoush de la ciudad hicieron que quisiera esconderme más. Pero, en el fondo, yo quería... *necesitaba* ir. No pude sino actuar en consecuencia. Sentía una necesidad tan fuerte que era matemática. Cuando me sentaba en el desierto, sola, escuchando el viento, veía y sentía los números de la misma forma que cuando estaba absorta en la tienda de mi padre. Y esos números alcanzaban la cifra de mi destino.

Así que en secreto rellené y subí los formularios de aceptación. El desierto fue el sitio perfecto para tener privacidad cuando contactaron con mi astrolabio para las entrevistas de la universidad. En cuanto todo estuvo listo, preparé mis cosas y subí a aquella lanzadera. Provenía de una familia de bitolus: mi padre era maestro armonizador y yo iba a ser su sucesora. Los bitolus conocíamos las matemáticas auténticas y profundas y podíamos controlar su corriente; conocíamos su sistema. Éramos pocos y felices, sin ningún interés por las armas y la guerra, pero sabíamos protegernos. Y, como decía mi padre:

—Dios nos favorece.

— oOo —

Abrí los ojos con el *edan* aferrado contra mi pecho. La medusa que tenía delante era azul y translúcida, excepto por uno de sus tentáculos: lo tenía de color rosa, como las aguas del lago salado junto a mi ciudad, y retorcido como la rama de un árbol en un espacio reducido. Alcé el *edan* y la medusa retrocedió soltando volutas de gas e inhalando con fuerza. «Miedo», pensé. «Eso era miedo».

Me levanté, consciente de que la hora de mi muerte aún no había llegado. Eché un vistazo rápido por el inmenso comedor. Podía oler la cena por encima del hedor a sangre y gases de medusa. Carnes asadas y marinadas, arroz integral de grano largo, estofados picantes con tomate, pan plano y ese delicioso postre gelatinoso que tanto me gustaba. Todo seguía colocado sobre la gran mesa; los platos calientes se enfriaban mientras los cadáveres se enfriaban y el postre se derretía mientras la medusa muerta se derretía.

—¡Atrás! —siseé, y acometí contra la medusa con el *edan*. Al levantarme, la ropa crujió y los brazaletes tintinearón. Pegué la espalda contra la mesa. Tenía medusas detrás y a los lados, pero me centré en la que había delante—. ¡Esto te va a matar! —dije con toda la fuerza que pude. Me aclaré la garganta y alcé la voz—. Ya has visto lo que le ha hecho a tu hermana.

Con un gesto señalé a la medusa muerta y arrugada a unos centímetros de mí; la carne blanda se le había secado y empezaba a volverse marrón y opaca. Había intentado agarrarme y algo la había matado. Cuando hablé, unos pedacitos cayeron convertidos en polvo; la mera vibración de mi voz bastaba para desestabilizar sus restos. Agarré la bolsa y me alejé de la mesa en dirección al gran aparador repleto de comida. Mi mente actuaba con rapidez. Veía números que luego se desenfoocaban. Bien. Era hija de mi padre. Me había enseñado las tradiciones de mis antepasados; era la mejor de la familia.

—Me llamo Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kapka, de Namib —susurré.

Es lo que siempre me recordaba mi padre cuando veía que la cara se me quedaba en blanco y

empezaba a ramificar. Y entonces comenzaba a explicarme en voz alta sus enseñanzas sobre astrolabios: cómo funcionaban, su arte, cómo interactuaban, el linaje. Mientras me hallaba en ese estado, mi padre me transmitió trescientos años de conocimientos orales sobre circuitos, cables, metales, aceites, temperatura, electricidad, corriente matemática y arena ocre.

Y así me convertí en maestra armonizadora a los doce años. Podía comunicarme con el flujo espiritual y convencerlo de que se convirtiera en corriente. Nací con el mismo don que mi madre: el de la visión matemática. Mi madre solo lo usaba para proteger a la familia y yo me disponía a desarrollar esa habilidad en la mejor universidad de la galaxia... si sobrevivía.

—Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kapka, de Namib, ese es mi nombre —repetí.

Mi mente se aclaraba a medida que las ecuaciones, cada vez más complejas y gratificantes, circulaban por ella, ampliándola. « $V - E + F = 2, a^2 + b^2 = c^2$ », pensé. Sabía lo que debía hacer ahora. Me acerqué a la mesa de la comida y agarré una bandeja. Apilé alitas de pollo, un muslo de pavo y tres bistecs. Luego me hice con varios panecillos; el pan duraría más. Dejé tres naranjas en la bandeja, porque contenían zumo y vitamina C. Alcancé dos porrones llenos de agua y los metí también en la bolsa. Luego añadí una tajada del postre lechoso en la bandeja. No sabía cómo se llamaba, pero era sin duda lo más delicioso que había probado nunca. Cada bocado alimentaría el bienestar mental que iba a necesitar, sobre todo si quería sobrevivir.

Me moví a toda prisa con el *edan* en alto y la espalda tensa por el peso de la bolsa abarrotada; en la mano izquierda llevaba la enorme bandeja llena de comida. Las medusas me siguieron; al flotar, sus tentáculos acariciaban el suelo. No tenían ojos pero, por lo que sabía sobre ellas, contaban con receptores olfativos en la punta de los tentáculos. Me veían a través del olor.

El pasillo que conducía a las habitaciones era ancho y cada puerta estaba chapada con láminas de oro. Mi padre habría despreciado ese despilfarro. El oro era un conductor de la información cuya sintonía matemática resultaba ser la más potente. Pero aquí estaba desaprovechado en una extravagancia vulgar.

Cuando llegué a mi habitación, el trance me abandonó sin previo aviso y de repente no supe qué hacer. Dejé de ramificar y la lucidez mental desapareció como si hubiese perdido la confianza. Solo se me ocurrió dejar que la puerta me escaneara el ojo. Se abrió, entré y se cerró a mi espalda con un ruido de succión, sellando la habitación, mecanismo que seguramente se habría activado con el programa de emergencia de la nave.

Me las arreglé para soltar la bandeja y la bolsa en la cama justo antes de que mis piernas cedieran. Caí al frío suelo junto a la silla de aterrizaje negra en la parte más alejada de la habitación. Sentía la cara sudorosa; posé la mejilla en el suelo durante un momento y suspiré. Imágenes de mis amigas, Olo, Remi, Kwuga, Nur, Anajama, Rhoden, me poblaban la mente. Creí escuchar la suave risa de Heru por encima de mí... y luego el sonido de su pecho estallando, la calidez de su sangre en mi cara. Sollocé y me mordí el labio.

—Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí —murmuré.

Porque lo estaba y no tenía escapatoria. Cerré con fuerza los ojos cuando me eché a llorar. Me acurruqué en un ovillo y así me quedé durante varios minutos.

Me acerqué el astrolabio a la cara. Yo misma había moldeado, esculpido y pulido la cubierta de arena ocre. Tenía el tamaño de la mano de un niño y era muchísimo mejor que cualquier astrolabio que se pudiera comprar en las tiendas más selectas. Me había encargado de diseñarlo para que su peso encajara en mis manos, los discos solo respondieran a mis dedos y sus corrientes

fueran tan precisas que seguramente sobrevivirían a mis futuros hijos. Había creado ese astrolabio hacía dos meses expresamente para el viaje y reemplacé el que mi padre había confeccionado cuando yo contaba con tres años.

Empecé a decir el apellido de mi familia al astrolabio, pero entonces susurré «No», y lo apoyé en el abdomen. Mi familia se encontraba ya a planetas de distancia, ¿qué podrían hacer aparte de llorar? Rocé el botón de encendido y dije:

—Emergencia.

El astrolabio se calentó entre mis manos y emitió un olor relajante a rosas mientras vibraba. Luego se enfrió.

—Emergencia —repetí.

Esta vez ni siquiera se calentó.

—Mapa —dije.

Contuve la respiración, a la espera. Miré la puerta. Había leído que las medusas no podían atravesar las paredes, pero bien sabía yo que la información contenida en un libro no tenía por qué ser verídica. Sobre todo cuando la información concernía a las medusas. La puerta era sólida, pero dudaba que los khoush me hubiesen dado a mí, una himba, una habitación con todos los dispositivos de seguridad. Las medusas entrarían cuando quisieran o cuando estuvieran dispuestas a arriesgar su vida para acabar conmigo. Puede que yo no fuera khoush... pero era una humana en una nave khoush.

De repente, mi astrolabio se calentó y vibró.

—Se encuentra a 121 horas de su destino Oomza Uni —dijo con una voz susurrante.

Así que las medusas aprobaban que supiera dónde estaba la nave. Una constelación virtual iluminó la habitación con puntos de color blanco, azul claro, rojo, amarillo y naranja; esferas de distintos tamaños, desde uno tan grande como una mosca hasta otro como mi puño, rotaban lentamente. Soles, planetas y territorios prósperos componían esa red matemática que siempre me resultaba fácil de leer. Hacía tiempo que la nave había dejado mi sistema solar. Su ritmo se había ralentizado justo en medio de lo que conocíamos como «la Jungla». Los pilotos de la nave tendrían que haber estado más alerta.

—Y quizá un poco menos arrogantes —dije, sintiéndome mal.

Sin embargo, la nave aún se dirigía hacia Oomza Uni y eso resultaba un poco alentador. Cerré los ojos y recé a las Siete Deidades. Quería preguntarles: «¿Por qué habéis dejado que ocurra esto?», pero era una blasfemia. Nunca había que preguntar por qué. No somos quién para hacer esa pregunta.

—Voy a morir aquí.

— oOo —

Setenta y dos horas más tarde, seguía viva. Pero la comida se había acabado y quedaba poquísima agua. Me hallaba sola con mis pensamientos en esa pequeña habitación, sin posibilidad de escapar al exterior. Tuve que dejar de llorar; no podía permitirme el lujo de perder agua. Los aseos estaban justo fuera de mi cuarto, así que me había visto obligada a usar el estuche en el que guardaba mi colección de joyas de abalorios. Lo único que tenía era el tarro de *otjize*; usaba un

poco para limpiarme el cuerpo todo lo que podía. Andaba de un lado para otro, recitaba ecuaciones y estaba segura de que, si no moría de sed o hambre, moriría por el fuego de las corrientes que creaba debido a los nervios y que descargaba para mantenerme ocupada.

Miré el mapa una vez más y vi lo que ya esperaba encontrar: aún nos dirigíamos hacia Oomza Uni.

—Pero ¿por qué? —susurré—. La seguridad...

Cerré los ojos para no completar ese pensamiento otra vez. Pero nunca podía contenerme y esa ocasión no fue distinta. En mi imaginación veía un rayo amarillo chillón volando desde Oomza Uni y la nave desparramándose en una extensa masa muda de luz y fuego. Me levanté para arrastrarme desde el lado más alejado de la habitación hasta la otra parte mientras hablaba:

—Pero ¿medusas suicidas? No tiene sentido. A lo mejor no saben cómo...

Llamaron lentamente a la puerta y casi di un salto hasta el techo. Me quedé paralizada, escuchando con cada parte de mi cuerpo. Aparte del sonido de mi voz, no había oído nada de ellas desde las primeras veinticuatro horas. Volvieron a llamar. El último golpe sonó fuerte, como una patada, pero no en la parte inferior de la puerta.

—¡D... dejadme en paz! —grité, y cogí el *edan*.

Mis palabras fueron recibidas con un porrazo en la puerta y un hostil siseo de enfado. Solté un chillido y me alejé de la entrada todo lo que la habitación me permitía; casi caí sobre la maleta más grande. «Piensa, piensa, piensa». No iba armada, excepto por el *edan*... y no sabía cómo convertirlo en un arma.

Todos estaban muertos. Yo seguía a cuarenta y ocho horas de distancia de estar segura o de estallar en mil pedazos. Dicen que cuando te enfrentas a una lucha que no vas a ganar, no puedes predecir cómo actuarás a continuación. Pero yo siempre había sabido que lucharía hasta la muerte. Suicidarse o entregar tu vida era una abominación. Tenía claro que estaba lista. Las medusas eran muy inteligentes; encontrarían una forma de matarme a pesar de mi *edan*.

Pero no elegí el arma más cercana. No me preparé para mi última arremetida rabiosa, sino que miré a la muerte directamente a los ojos y entonces... entonces *me rendí* ante ella. Me senté en la cama y esperé el final. Sentí que mi cuerpo ya no me pertenecía; lo había dejado marchar. Y, en ese momento, inmersa en mi rendición, posé la mirada en el *edan* y observé cómo sus fractales azules se ramificaban, escindían, dividían.

Y lo vi.

Lo vi *de verdad*.

Y solo pude sonreír y pensar: «¿Cómo es que no lo sabía?».

— oOo —

Me senté en la silla de aterrizaje negra junto a la ventana para aplicar *otjize* en las trenzas. Miré mis manos enrojecidas, me las acerqué a la nariz y las olí. La arcilla oleosa evocaba a flores aromáticas, viento del desierto y tierra. «Hogar», pensé, con lágrimas agujerándome los ojos. No tendría que haberme ido. Levanté el *edan* por si percibía lo que había visto antes. Lo giré una y otra vez delante de mis ojos. Había tocado, presionado, examinado y sopesado durante muchos años las puntas de ese objeto azul.

Llegaron más porrazos desde la puerta.

—Dejadme en paz —murmuré sin fuerzas.

Unté *otjize* en la punta del *edan* cuya espiral siempre me recordaba a una huella dactilar. Lo extendí en lentos círculos. A medida que me iba relajando, los hombros se destensaron. Mi cerebro, sediento y muerto de hambre, entró en un trance matemático como quien tira una piedra en aguas profundas. Y sentí que el agua me envolvía cuando me hundía más, más, más.

Mi mente ofuscada se aclaró y todo se volvió silencioso e inmóvil; seguía frotando el *edan* con el dedo. Olía a casa, oía cómo el viento del desierto hacía volar unos granos de arena encima de otros. Mi estómago se agitó cuando me sumergí más en las profundidades; sentía el cuerpo fresco y puro y vacío y ligero. El *edan* pesaba en mis manos; pesaba tanto que acabaría por atravesar la carne.

—Oh —suspiré al darme cuenta de que había aparecido un botón diminuto en el centro de la espiral.

Eso era lo que había visto. Siempre había estado ahí, pero ahora era como si estuviera enfocado. Al pulsarlo con el dedo índice, se hundió con un suave «clie». La piedra pareció convertirse en cera caliente y mi mundo osciló. Otro golpe fuerte retumbó en la puerta. Y entonces, a través del silencio más absoluto que había sentido nunca, tan absoluto que el más mínimo sonido lo desgarraría, escuché una voz empalagosa, baja pero firme, que decía:

—Niña.

Me vi catapultada fuera del trance, los ojos de par en par, la boca abierta en un grito mudo.

—Niña —volví a oír.

No había escuchado una voz humana desde los últimos alaridos de la gente asesinada por las medusas, unas setenta y dos horas antes.

Examiné toda la habitación. Estaba sola. Me giré con lentitud y miré por la ventana que tenía al lado. Fuera no había nada que me interesara excepto la oscuridad del espacio.

—Niña. Vas a morir —dijo despacio la voz—. Pronto.

Oí más voces, pero sonaban tan ahogadas que no podía entenderlas.

—Sufrir va en contra de la Vía. Permítenos acabar contigo.

Di un salto y el agolpamiento de sangre casi provocó que me desplomara y chocara contra el suelo. Opté por caer de rodillas, no sin esfuerzo, aferrada aún al *edan*. Hubo otro golpe en la entrada.

—Abre la puerta —exigió la voz.

Un temblor empezó a extenderse por mis manos, pero no solté el *edan*. Estaba caliente y desde su interior brillaba una reluciente luz azulada. Lo atravesaba una corriente tan continua que los músculos de la mano se contraían. No podía soltarlo ni aunque lo intentase.

—No voy a abrirla —dije con los dientes apretados—. Prefiero morir aquí dentro a mi manera.

Se detuvieron los golpes y oí varias cosas a la vez. Un forcejeo en la puerta, no contra ella, sino *alejándose*. Unos gemidos y lamentos aterrorizados. Más *voces*. Muchas.

—Es el mal.

—Es una deshonra —dijo otra voz. Era la primera que había escuchado; sonaba aguda, casi como de mujer—. La deshonra que lleva la niña le permite imitar el habla.

—No. Debe tener juicio para hacerlo —respondió otra voz.

—¡Malvada! Dejádme desactivar la puerta y matarla.

—Okwu, morirás si...

—¡Voy a matarla! —gruñó la medusa llamada Okwu—. ¡La muerte será un honor para mí! Estamos demasiado cerca, no podemos tener...

—¡A mí! —grité de repente—. ¡O... Okwu!

Llamarla por su nombre, dirigirme a ella directamente, sonaba extraño en mi boca. Seguí adelante.

—Okwu, ¿por qué no hablas conmigo?

Miré mis manos apretadas. Desde su interior, desde el *edan*, la que seguramente fuera la corriente más poderosa que había producido nunca se extendía en unas ramas irregulares de azul brillante. Se incrustó en la puerta, embistiéndola; una línea de brotes arborescentes azules cambiaban de forma sin romper nunca la conexión. La corriente tocaba a las medusas. Las conectaba a mí. Y, aunque yo la había creado, ahora no podía controlarla. Quería gritar, asqueada. Pero antes debía salvar mi vida.

—¡Te estoy hablando! —dije—. ¡Yo!

Silencio.

Me levanté despacio con el corazón a mil por hora. Llegué hasta la puerta cerrada, tropezando y con las piernas doloridas y temblorosas. El acero orgánico de la puerta era finísimo, pero también una de las sustancias más resistentes de mi planeta. Allí donde la corriente lo tocaba se desplegaban hojas minúsculas de color verde. Las toqué, centrándome en ellas y no en el hecho de que la puerta estaba recubierta de una lámina de oro, un superconductor de comunicación muy potente. Ni en que las medusas estaban justo detrás de la puerta.

Oí un crujido e hice acopio de todas mis fuerzas para no retroceder. Dilaté las fosas nasales mientras apretaba el *edan*. El peso de mi cabello en los hombros me tranquilizaba; pesaba por el *otjize*, que daba buena suerte y fuerza a mi gente, incluso aunque estuviera lejos, muy lejos.

Algo duro y fuerte golpeó la puerta y el estrépito me hizo chillar. Me quedé donde estaba.

—Ser malvado —oí que decía la medusa que se llamaba Okwu.

Era la única a la que sabía reconocer entre todas las voces: la más enfadada y escalofriante. Parecía hablada, no transmitida a mi mente. Captaba la vibración de la «v» en «malvado» y la «s» entrecortada en «ser». ¿Tenían boca las medusas?

—No soy malvada —dije.

Oí murmullos y roces tras la puerta.

—Abre —dijo la voz más femenina.

—¡No!

Susurraron entre ellas. Pasaron los minutos. Me deslicé hasta el suelo, apoyada en la puerta. La corriente azul me siguió; seguía fluyendo por mi hombro. Crecieron más hojas verdes allí y algunas cayeron en mi regazo. Recosté la cabeza en la puerta y las miré. Hojas verdes diminutas llenas de una diminuta vida verde cuando me hallaba tan cerca de la muerte. Solté una risita; el estómago vacío rugió y me dolieron los resentidos músculos del abdomen.

—¿Nos entiendes? —dijo en voz baja y tranquila la que, con un gruñido, me había llamado «malvada». Okwu.

—Sí —respondí.

—Los humanos solo entienden la violencia.

Cerré los ojos y sentí que mi cuerpo débil se relajaba. Suspiré, exhausta.

—Lo único que he matado —dije— han sido pequeños animales para comer, y fue con rapidez y tras rezar y agradecer al animal su sacrificio.

—No te creo.

—Igual que yo no creo que no me vais a matar si abro la puerta. No hacéis más que matar.

Abrí los ojos. Me sacudió una energía que no sabía que aún poseía. Estaba tan enfadada que no podía coger aire.

—Como... vosotras... ¡Habéis matado a mis amigas! —Tosí y me desplomé, débil—. Mis amigas —susurré con lágrimas brotando de mis ojos—. ¡Ay, mis amigas!

—Debemos matar a los humanos antes de que ellos nos maten a nosotras —dijo la voz.

—Idiotas —espeté.

Me limpié las lágrimas a medida que caían. Solté un fuerte sollozo y respiré profundamente para intentar tranquilizarme. Exhalé con energía y los mocos salieron volando.

Mientras me limpiaba la cara con el brazo, hubo más susurros.

—¿Qué es este fantasma azul que nos has enviado para que nos comuniquemos? —preguntó la voz más aguda.

—No lo sé —respondí, sorbiendo por la nariz.

Me levanté y fui hasta la cama. Al momento me sentí mejor por alejarme de la puerta. La corriente azul se extendió conmigo.

—¿Por qué te entendemos? —preguntó Okwu. Aún podía escuchar su voz perfectamente desde donde estaba.

—Yo... No lo sé —dije. Me senté en la cama y luego me tumbé.

—Ninguna medusa ha hablado con un humano... desde hace mucho tiempo.

—Me da igual —gruñí.

—Abre la puerta. No te haremos daño.

—No.

Hubo un largo silencio. Tan largo que debí quedarme dormida. Me despertó un ruido de succión. Al principio no le presté atención y me tomé un momento para limpiarme con el brazo un moco que tenía incrustado en la cara. La nave producía sonidos de toda clase, incluso antes de que las medusas la atacaran. Era un ser vivo y, como le ocurre a cualquier animal, las tripas le rugían y se le estremecían con frecuencia. Me enderecé cuando el ruido se intensificó. La puerta tembló, se combó un poco y se vino abajo por completo. El revestimiento exterior de oro quedó expuesto a la vista. El aire rancio de mi habitación zumbó hacia el pasillo y de repente el ambiente se enfrió y olió más fresco.

Allí estaban las medusas. No sabía cuántas había, ya que eran transparentes y cuando se juntaban solo distinguía una maraña de tentáculos translúcidos y umbrellas ondulantes. Aferré el *edan* contra mi pecho y me apreté contra la ventana, al otro lado de la habitación.

Ocurrió deprisa, como los lobos del desierto que atacan por la noche a los viajeros de camino a casa. Una de las medusas se lanzó hacia mí. Observé cómo se acercaba. Vi a mis padres, hermanas, hermanos, tías y tíos, todos reunidos para recordarme, colmados de dolor y pérdida. Vi cómo mi espíritu se separaba del cuerpo y regresaba a mi planeta, al desierto, donde contaba historias a los moradores de las arenas.

El tiempo debió de ralentizarse, porque la medusa no se movía, aunque de repente se cernió

sobre mí, con los tentáculos colgando a tres centímetros de mi cabeza. Lancé un grito ahogado, lista para el dolor y la consecuente muerte. Su tentáculo rosa y marchito me rozó el brazo con suficiente firmeza como para quitar *otjize*. «Blando», pensé. «Suave».

Allí estaba. Muy cerca ya. Blanca como el hielo que solo había visto en fotos y en programas de entretenimiento, con un aguijón más largo que mi pierna. Miré fijamente la parte que sobresalía de entre el manojó de tentáculos. Crujía y se secaba; le salían flotando espirales de bruma blanca. A escasos centímetros de mi pecho. Entonces pasó de blanca a un monótono gris claro. Bajé la mirada hasta mis manos apretadas, con el *edan* entre ellas. La corriente que fluía de él alcanzó a la medusa y se extendió más allá. La miré y sonreí:

—Espero que duela —susurré.

Los tentáculos de la medusa se estremecieron y empezó a retroceder. Podía ver el tentáculo rosa deformado con una parte untada del rojo de mi *otjize*.

—Eres el origen del mal —dijo.

Era la que se llamaba Okwu. Casi me reí. ¿Por qué me odiaba con tanta rabia?

—Aún sujeta la deshonra —oí que decía una junto a la puerta.

Al alejarse de mí, Okwu comenzó a recobrarse. Se marchó deprisa con las demás.

— oOo —

Pasaron diez horas.

No me quedaba comida. Ni agua. Empaqué y desempaqué mis cosas. Me mantenía ocupada para alejar un poco la deshidratación y el hambre, aunque la necesidad constante de orinar me recordaba los problemas que tenía. Y moverse era complicado porque la corriente del *edan* seguía sin soltar los músculos de la mano, pero me las apañaba. Intenté no dejarme llevar por el miedo a que las medusas buscaran una forma de hacer que la nave no produjera aire ni lo propagara, ni mantuviera la presión interna, o a que volvieran y me mataran.

Cuando no estaba empacando y desempacando, miraba el *edan*, estudiándolo; sus patrones brillaban por la corriente. Necesitaba saber cómo me facilitaba la comunicación. Probé con varias ecuaciones fáciles y no recibí respuesta. Al cabo de un tiempo, cuando ni siquiera las ecuaciones más difíciles le habían afectado, me eché en la cama y comencé a ramificar. En ese estado mental me hallaba cuando entraron las medusas.

—¿Qué es eso?

Grité. Había estado con la mirada fija en la ventana, así que oí a la medusa antes de verla.

—¿Qué? —chillé sin aliento—. Yo... ¿El qué?

Okwu, la que había intentado matarme. A diferencia de cuando se había marchado, ahora parecía muy viva, aunque no podía verle el aguijón.

—¿Qué es esa sustancia sobre tu piel? —preguntó con decisión—. Ninguno de los otros humanos la tenía.

—Claro que no —espeté—. Es *otjize*. Solo mi pueblo lo lleva y soy la única de mi gente en esta nave. No soy khoush.

—¿Qué es? —preguntó, aún en la puerta.

—¿Por qué?

Entró en mi cuarto y yo me apresuré a levantar el *edan* y decir:

—Principalmente... es arcilla y aceite de mi hogar. Nuestra tierra es el desierto, pero vivimos en la región donde hay arcilla roja sagrada.

—¿Por qué lo extendéis sobre vuestra piel?

—Porque somos hijos e hijas de la tierra —dije—. Y... y es bonito.

Permaneció en silencio durante mucho tiempo; yo me quedé mirándola, observándola con atención. Se movía como si tuviera una parte delantera y otra trasera. Aunque parecía completamente transparente, no podía ver el sólido agujijón blanco entre la cortina de tentáculos colgantes. No sabía si estaba sopesando lo que había dicho o contemplando la mejor forma de matarme. Pero, poco después, se giró y se fue. Y tras varios minutos, cuando mi pulso se ralentizó, me di cuenta de una cosa curiosa. Su tentáculo marchito no parecía tan marchito. Donde antes estaba enroscado sobre sí mismo, ahora estaba apenas torcido.

— oOo —

Regresó quince minutos después. Enseguida lo miré para comprobar si lo había visto bien. Y allí estaba: rosa, pero no tan enroscado. Ese tentáculo había tenido un aspecto diferente cuando Okwu me había tocado y quitado *otjize* por accidente.

—Dame un poco —dijo mientras planeaba por la habitación.

—¡No me queda más! —respondí, presa del pánico. Solo tenía un tarro grande de *otjize*, la mayor cantidad que había elaborado de una sentada. Había suficiente hasta que encontrara arcilla roja en Oomza Uni para hacer más. Y aun así no estaba segura de que pudiera localizar el tipo correcto de arcilla. Era un planeta distinto. A lo mejor ni siquiera existía la arcilla.

Lo único para lo que no había tenido tiempo durante mis preparativos fue de investigar el planeta Oomza Uni, ya que me concentré en llegar *allí*. Solo sabía que, aunque era mucho más pequeño que la Tierra, contaba con una atmósfera similar, por lo que no tenía que llevar un traje especial ni pulmones adaptables ni nada parecido. Pero puede que su superficie estuviera compuesta de algo que mi piel no soportara. No podía darle todo mi *otjize* a esa criatura; era mi cultura.

—La medusa líder conoce a tu pueblo. Sabe que tienes mucho.

—Si tu líder conoce a mi gente, entonces te habrá dicho que, si te lo llevas, es como si me quitaras el alma —dije con la voz rota. El tarro estaba debajo de la cama. Levanté el *edan*.

Pero Okwu no se marchó ni se acercó. Se le crispó el tentáculo rosa enrollado. Decidí arriesgarme.

—Te vino bien, ¿verdad? Para el tentáculo.

Emitió una gran nube de gas, lo aspiró y se marchó.

Regresó cinco minutos más tarde con otras cinco medusas.

—¿De qué está hecho ese objeto? —preguntó Okwu. Las demás esperaban en silencio detrás de ella.

Como seguía en la cama, escondí las piernas debajo de las mantas.

—No lo sé. Pero una mujer del desierto me dijo una vez que provenía de algo llamado «piedra celestial». Mi padre me contó que no había algo...

—Es una deshonra —insistió.

Ninguna hizo amago de entrar en la habitación. Tres soltaban fuertes resoplidos mientras exhalaban los gases apesados que inhalaban para respirar.

—Un objeto que me mantiene con vida no es una deshonra —repliqué.

—Emponzoña a las medusas —dijo una de las otras.

—Solo si os acercáis demasiado —le respondí con la mirada fija en ella—. Solo si intentáis matarme.

Silencio.

—¿Cómo te comunicas con nosotras?

—No lo sé, Okwu —pronuncié su nombre como si me perteneciera.

—¿Cómo te llamas?

Me enderecé para ignorar el cansancio y mover los huesos de la cama.

—Soy Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka, de Namib.

Me planteé decir su nombre para manifestar su simplicidad cultural comparado con el mío, pero mis fuerzas y mi arrojo ya estaban decayendo.

Okwu avanzó y yo alcé el *edan*.

—¡Atrás! ¡Ya sabes lo que te hará! —dije.

Sin embargo, no intentó atacarme de nuevo, aunque tampoco empezó a encogerse cuando se acercó. Se detuvo a unos centímetros, junto a la mesa de metal que sobresalía de la pared con mi maleta abierta y uno de los envases de agua.

—¿Qué necesitas? —preguntó, inexpresiva.

Me la quedé mirando mientras sopesaba mis opciones. No tenía ninguna.

—Agua, comida —dije.

Antes de que pudiera decir algo más, se marchó. Me recosté contra la ventana e intenté no mirar la negrura exterior. A unos metros de mí, la puerta estaba aplastada contra un lado; el camino de mi destino ya no me pertenecía. Me tumbé y caí en el sueño más profundo desde que la nave dejó la Tierra.

— oOo —

El tenue olor a humo me despertó. Había un plato sobre la cama, junto a mi nariz, que contenía una pequeña tajada de pescado ahumado. A su lado había un tazón de agua.

Me senté, aferrada aún al *edan*. Me incliné y sorbí toda el agua del tazón que pude. Luego, con el *edan* todavía sujeto, junté los antebrazos y de esta guisa moví la comida. Alcé el pescado, reclinada hacia delante, y le di un mordisco. La sustancia ahumada y salada estalló en mis papilas gustativas. Los cocineros de la nave alimentaban bien a esos peces y les permitían crecer fuertes y aparearse con profusión. Más tarde sumían al pez en un sueño del que nunca se despertaría y cocinaban su carne lo suficiente como para darle sabor sin perder la textura. Les pregunté por el proceso como cualquier himba que se precie haría antes de comerla. Todos los cocineros eran khoush y los khoush no suelen llevar a cabo lo que para ellos es un «ritual supersticioso». Pero eran estudiantes de Oomza Uni y me contaron que lo aplicaban; incluso dormían al pez de una forma parecida. Tuve la certeza una vez más de que me dirigía hacia la dirección correcta.

El pescado estaba delicioso, pero lleno de espinas. Y fue mientras usaba la lengua para sacar de entre los dientes una larga y flexible, aunque dura, cuando levanté la mirada y descubrí a la medusa planeando en la entrada. No me hizo falta ver el tentáculo marchito para saber que se trataba de Okwu. Al inhalar de la sorpresa casi me ahogué con la espina. Solté lo que quedaba, la escupí y abrí la boca para hablar. Acabé por cerrarla.

Seguía viva.

Okwu no se movió ni habló, aunque la corriente azul seguía conectándonos. Pasaban los minutos, con Okwu flotando y emitiendo suspiros fétidos al respirar mientras yo succionaba trozos de pescado de mi boca y me preguntaba si sería mi última comida. Poco después agarré el trozo de pescado que quedaba con los antebrazos y seguí comiendo.

—¿Sabes qué? —dije por fin para llenar el silencio—. En mi pueblo, generaciones enteras han vivido al borde del lago. —Miré a la medusa. Nada. Seguí hablando—. Conocen todos los peces que viven allí. Hay uno que abunda en ese lago y lo pescan para ahumarlo de esta manera. La única diferencia es que mi gente puede prepararlo de forma que no tenga espinas. Las quitan todas. —Me saqué una de entre los dientes—. Han estudiado este pez. Lo han trabajado con matemáticas. Saben dónde se encuentra cada espina y poco importa la edad, el tamaño o el sexo del pez. Van y quitan cada una de las espinas sin alterar el cuerpo. ¡Queda delicioso! —Dejé las espinas que quedaban—. Este también estaba delicioso —dudé y entonces dije—: Gracias.

Okwu no se movió. Seguía flotando y exhalando gas. Me levanté para acercarme al mostrador donde había dejado la bandeja. Me incliné y sorbí agua del tazón. Ya me sentía mucho más fuerte y alerta. Di un salto cuando habló.

—Me gustaría poder matarte.

Me quedé en silencio.

—Como mi madre suele decir, «queremos demasiadas cosas» —respondí mientras me tocaba el último trozo de pescado en una muela.

—No pareces una estudiante humana de Oomza Uni —dijo—. Tu color es más oscuro y tú... —Soltó una gran voluta de gas y me esforcé por no arrugar la nariz—. Tienes *okuoko*.

Fruncí el ceño ante esa palabra extraña.

—¿Qué es *okuoko*?

Y fue entonces cuando se movió por primera vez desde que me había despertado. Sus tentáculos largos se agitaron juguetones y se me escapó una risa antes de poder evitarlo. Soltó una sucesión rápida de volutas de gas y produjo una vibración profunda que me hizo reír incluso más.

—¿Te refieres a mi pelo? —le pregunté, moviendo las trenzas gruesas.

—*Okuoko*, sí —dijo.

—*Okuoko* —repetí. Tenía que admitir que me complacía cómo sonaba—. ¿Por qué es una palabra distinta?

—No lo sé —dijo—. Yo te oigo en mi lengua también. Al decir *okuoko* has dicho *okuoko* —hizo una pausa—. Los *khoush* son del color de la carne del pescado que te has comido y no tienen *okuoko*. Eres de un marrón rojizo como la piel exterior del pez y tienes *okuoko* como las medusas, aunque pequeños.

—Hay distintos tipos de humanos —dije—. Mi gente no suele marcharse del planeta.

Varias medusas vinieron para amontonarse en la puerta. Okwu se acercó, soltando e inhalando más gas. Esta vez sí que tosí por el hedor.

—¿Por qué lo hiciste tú? —preguntó—. Seguro que eres la más malvada de tu pueblo.

Puse mala cara. Me di cuenta de una cosa. Hablaba como uno de mis hermanos, Bena. Yo había nacido solo tres años después que él, pero nunca habíamos estado muy unidos. Siempre parecía enfadado y denunciaba que la mayoría khoush nos maltrataba, a pesar de que nos necesitaba, a nosotros y a nuestros astrolabios, para sobrevivir. Siempre los llamaba «malignos», y eso que nunca había viajado hasta el país de los khoush ni había conocido a ninguno. Su ira era legítima, pero solo hablaba de cosas que no sabía a ciencia cierta.

Incluso yo me daba cuenta de que Okwu no era la más mayor de esas medusas; demasiado impulsiva y... tenía algo que me recordaba a mí. Quizás fuera su curiosidad. Creo que, si fuera medusa, habría sido una de las primeras en acudir a verme. Mi padre decía que mi curiosidad era el último obstáculo que debía superar para ser una auténtica maestra armonizadora. Si en algo no nos poníamos de acuerdo, era en eso; para mí, la única forma de ser extraordinaria consistía en poseer curiosidad suficiente para buscar la grandeza. Okwu era joven, como yo. Y quizás por eso estaba tan ansiosa por morir y demostrar su valía; por eso a las demás les parecía bien.

—No sabes nada sobre mí —dije. Sentí que enrojecía—. Esta no es una nave militar. ¡Está llena de profesores! ¡Estudiantes! ¡Todos muertos! ¡Los habéis matado a todos!

Pareció que la medusa se reía.

—A vuestro piloto no. No lo hemos aguijoneado.

Y así, sin más, lo entendí. Podrían superar las medidas de seguridad de la universidad si el personal pensaba que la nave seguía llena de profesores y estudiantes vivos, sin asesinar, que seguían respirando. Y entonces las medusas tendrían vía libre para invadir Oomza Uni.

—*A ti* no te necesitamos. Pero ese nos resulta útil.

—Por eso seguimos en camino —dije.

—No. Sabemos pilotar esta nave-criatura —repuso—. Pero tu piloto puede hablar con la gente de Oomza Uni de la forma que se esperan. —Guardó silencio durante un momento y se acercó más—. ¿Ves? Nunca te hemos *necesitado*.

Sentí la fuerza de su amenaza en mi cuerpo. Un cosquilleo agudo me recorrió en ráfagas blancas y ascendió desde la punta de los pies hasta la coronilla. Abrí la boca, sin aliento de repente. *Eso* era sentir miedo a la muerte de verdad, no mi rendición inicial. Me aparté con el *edan* aún levantado. Estaba sentada en la cama y la colcha roja me recordaba a la sangre. No tenía adónde ir.

—La deshonra es la única razón por la que sigues viva —dijo la medusa.

—Tu *okuoko* está mejor —le susurré, señalándolo—. ¿Por qué no me perdonas por curarlo? —Apenas podía respirar. Como no respondió, le pregunté—: ¿Por qué? ¿O no hay ninguna razón?

—¿Te crees que somos como los humanos? —dijo con rabia—. No matamos por deporte ni para beneficiarnos. Solo por un propósito.

Fruñí el ceño. A mí me parecían lo mismo, beneficio y propósito.

—En uno de los museos de tu universidad, exhibido como un pedazo de carne rara, está el aguijón de nuestra líder —dijo. Fruñí más el ceño, pero no comenté nada—. Nuestra líder está... —Se detuvo—. Sabemos que habían atacado y mutilado a nuestra líder, pero no cómo llegó allí. No nos importa. Aterrizaremos en Oomza Uni y lo recuperaremos. ¿Ves? Tenemos un propósito.

Se hinchó de gas y abandonó la habitación. Me recosté en la cama, agotada.

— oOo —

Pero me trajeron más comida y agua. Okwu las trajo. Y se sentó conmigo mientras comía y bebía. Más pescado y dátiles secos y una botella de agua. Esta vez apenas saboreé lo que comía.

—Es un suicidio —dije.

—¿Qué es... suicidio? —preguntó.

—¡Lo que vais a hacer! —exclamé—. En Oomza Uni hay una ciudad donde alumnos y profesores estudian, prueban y crean *armas*. Armas para eliminar cualquier forma de vida. ¡Vuestras propias armas seguramente se inventaron allí!

—Nuestro cuerpo crea las armas que tenemos —dijo.

—¿Y el inhibidor de corriente que usasteis contra los khoush en la guerra? —interpelé.

No dijo nada.

—¡El suicidio es una muerte intencionada!

—Las medusas no tememos a la muerte —explicó—. Y sería un honor. Les enseñaremos que no deben deshonrar jamás a las medusas. Nuestro pueblo recordará este sacrificio y celebrará...

—Yo... ¡Tengo una idea! —grité. Me falló la voz, pero continué—. ¡Déjame hablar con tu líder! —chillé. No sé si fue por el pescado tan delicioso que había comido, la conmoción, la desesperación o el cansancio. Me levanté y di un paso hacia la medusa, con las piernas inestables y los ojos desorbitados—. Deja que... Soy maestra armonizadora. Por eso voy a Oomza Uni. Soy la mejor de todos, Okwu. Sé crear armonía *en cualquier parte*. —Estaba tan sofocada que hasta jadeaba. Respiré profundamente; vi estrellas explotar ante mis ojos—. Deja que... Déjame hablar en nombre de las medusas. La gente de Oomza Uni son académicos, así que entenderán de honor e historia y simbolismo y cuestiones del cuerpo.

No sabía a ciencia cierta si era verdad. Eran mis anhelos y mi experiencia en la nave.

—Ahora ese suicidio del que hablas lo sufriremos las dos —dijo.

—Por favor —le rogué—. Puedo hacer que tu líder me escuche.

—Nuestra líder odia a los humanos —repuso Okwu—. Los humanos se llevaron su agujón. ¿Sabes que...?

—Os daré mi tarro de *otjize* —dije sin pensar—. Puedes untarlo por todo el cuerpo... En cada *okuoko*, en tu umbrella. Quién sabe, hasta podría hacerte brillar como una estrella u otorgarte superpoderes, como agujonear más fuerte y rápido o...

—No nos gusta agujonear.

—Por favor —supliqué—. Piensa en lo que te convertirás. Imagina que mi plan funciona. Recuperaréis el agujón y no morirá nadie. Serás una heroína.

«Y yo viviré», pensé.

—Nos da igual ser heroínas.

Pero se le contrajo el tentáculo rosa cuando lo dijo.

— oOo —

La nave de las medusas estaba acoplada a *Pez Tercero*. Crucé el enorme pasillo quitinoso que las unía e hice caso omiso al hecho de que tenía pocas oportunidades de regresar.

Su nave apestaba. Tenía esa certeza, a pesar de que no podía olerla a través del respirador. Todo lo relativo a las medusas apestaba. Apenas me podía concentrar en la esponjosa superficie azul bajo mis pies descalzos. O en los gases fríos que, según me prometió Okwu, no dañarían mi carne aunque no fueran respirables para mí. O en las medusas, algunas verdes, otras azules, el resto rosa, que se movían sobre cada superficie, suelo, techo elevado o pared, o se detenían, seguramente para mirarme a mí por donde quiera que miraran. O en la corriente que conectaba al *edan* que seguía aferrando con las manos. Calculaba ecuaciones en mi cabeza. Necesitaba todo lo que estuviera a mi alcance para lo que me disponía a hacer.

La sala era tan enorme que casi parecía que estuviéramos en el exterior. Casi. Soy hija del desierto; nada interior parece exterior para mí. Pero esa estancia era inmensa. La medusa líder no era más grande que las demás, ni más colorida. Ni tenía más tentáculos. La rodeaban otras medusas y se parecía tanto a ellas que Okwu tuvo que ponerse a su lado para indicarme quién era.

La corriente del *edan* se volvía loca: salían ramas disparadas en todas direcciones para traerme sus palabras. Debería haberme sentido aterrorizada. Okwu me había contado que al solicitar una reunión como esta a la líder no solo arriesgaba mi vida, sino la de Okwu también. La medusa líder odiaba a los humanos y Okwu acababa de suplicarle que trajera una a su «grandiosa nave».

Esponjosa. Como si fuera ese pudín de leche que a mi madre le gustaba preparar, repleto de bolitas sólidas de gelatina. Podía sentir la corriente a mi alrededor. Esas criaturas poseían tecnología activa y potente incorporada en las paredes, y muchas de ellas las habían integrado a sus propios cuerpos. Algunas eran astrolabios andantes, ya que formaba parte de su biología.

Me ajusté la máscara. El aire que bombeaba olía a flores del desierto. Seguramente la habrían fabricado mujeres khoush, ya que adoraban que todo oliera a flores, incluso sus partes íntimas. Pero, en ese momento, les habría dado un beso, porque al ver a la medusa líder, el aroma de las flores estalló en mi nariz y en mi boca y de repente me imaginé a la líder sobrevolando el desierto y rodeada de las flores secas perfumadas que solo crecían por la noche. Me sentí tranquila. No como en casa, porque en la zona del desierto que conocía solo crecían florecillas sin aroma. Pero percibí la Tierra.

Dejé de ramificar poco a poco, con la mente cada vez más clara, pero más atontada. Necesitaba hablar, no actuar. No tenía elección. Levanté la barbilla e hice lo que Okwu me había indicado. Me arrodillé en el suelo esponjoso. Justo ahí, en la nave que había traído la muerte a mis amigas, al chico que empezaba a querer, a mis colegas humanos de Oomza Uni y ciudadanos de la Tierra, ante la criatura que había ordenado a su pueblo que ejecutaran *moojh-ha ki-bira*, también conocida como «la gran ola» de muerte para mi gente. Aún con el *edan* aferrado, me postré. Apreté la cara contra el suelo. Y entonces esperé.

—Esta es Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka, de Namib, la que... la que sobrevive —dijo Okwu.

—Puede llamarme Binti a secas —susurré con la cabeza gacha.

Mi primer nombre era poco común y contenía dos sílabas, como el de Okwu. Pensé que quizás complacería a la líder.

—Dile a la chica que se siente —dijo la medusa—. Si daña mínimamente la carne de la nave, haré que seas la primera en ser ejecutada, Okwu. Y luego será el turno de esta criatura.

—Binti. —El tono de Okwu era duro, inexpresivo—. Levántate.

Cerré los ojos. Podía sentir cómo la corriente del *edan* funcionaba a través de mí, tocándolo todo, incluso el suelo bajo mis pies. Podía *oirlo*. El suelo. Cantaba. Pero no con palabras, solo tarareaba. Feliz y distante, no prestaba atención. Me puse en pie y volví a sostenerme sobre mis rodillas. Miré entonces donde antes había estado mi pecho. Seguía azul oscuro. Levanté la vista hacia la medusa líder.

—Mi pueblo crea y fabrica astrolabios —dije—. Usamos las matemáticas para introducir corrientes en ellos. Los mejores de entre nosotros tenemos el don de establecer una armonía tan exquisita que hasta los átomos se acarician como amantes. Es lo que decía mi hermana. —Parpadeé al acordarme—. ¡Y creo que por eso este *edan* funciona así para mí! Lo encontré. En el desierto. Una mujer salvaje del desierto me contó una vez que era una pieza de tecnología antiquísima. La llamó «piedra celestial». Entonces no di crédito a sus palabras, pero ahora sí. Lo tengo desde hace cinco años, pero solo ha funcionado *para mí* ahora. —Me golpeé el pecho—. ¡Para *mí*! En esta nave llena de medusas, después de lo... lo que habéis hecho. Dejadme hablar por vosotras, dejadme hablar con ellos. Para que nadie más tenga que morir.

Incliné la cabeza con el *edan* apretado contra el abdomen, tal y como me había indicado Okwu. Escuchaba a las otras medusas detrás de mí. Podrían haberme agujijoneado miles de veces.

—¿Sabes lo que me han arrebatado? —preguntó la líder.

—Sí —dije, aún con la cabeza gacha.

—Mi agujijón representa el poder de mi pueblo —explicó—. Nos lo quitaron. Es un acto de guerra.

—Mi plan le devolverá el agujijón —me apresuré a decir, preparada para recibir una fuerte puñalada en la espalda.

Notaba algo afilado presionándome la nuca. Me mordí el labio inferior para no gritar.

—Cuéntale tu plan —dijo Okwu.

—El piloto nos dará permiso para aterrizar —dije, hablando rápido—. Bajaré de la nave con una de vosotras para negociar con Oomza Uni que te devuelvan el agujijón... de forma pacífica.

—Eso nos quita el factor sorpresa —repuso la líder—. No sabes nada de estrategia.

—Si atacáis, mataréis a mucha gente, pero entonces vosotras también moriréis. Todas. Aaaaaah —siseé cuando apretaron más el agujijón contra mi carne—. Por favor, yo...

—Líder, Binti no sabe cómo hablar —dijo Okwu—. Binti no es civilizada. Perdónala. Es joven, una niña.

—¿Podemos confiar en esta criatura? —le preguntó a Okwu la medusa que había detrás de la líder.

—¿Qué voy a hacer? —repliqué, con la cara contraída por el dolor—. ¿Huir?

Me sequé las lágrimas. Las sequé una y otra vez, pero seguían cayendo. Aún estaba viviendo una pesadilla.

—A tu gente se le da bien esconderse —espetó otra medusa con desdén—, sobre todo a las hembras como tú.

Varias medusas, incluida la líder, agitaron los tentáculos e hicieron vibrar las umbrelas mostrando claramente que se reían.

—Deja que Binti suelte el *edan* —dijo Okwu.

—¿Qué? —me quedé mirándola, atónita.

—*Suéltalo* —dijo—. Estarás totalmente vulnerable. ¿Cómo vas a ser nuestra embajadora si

necesitas protegerte de nosotras?

—¡Gracias a él os puedo entender! —chillé. Y era lo único que tenía.

La líder alzó uno de sus tentáculos y todas y cada una de las medusas en la enorme sala dejaron de moverse. Se quedaron inmóviles como si las mismísimas corrientes del tiempo se hubieran detenido. Todo estaba quieto, igual que cuando las cosas se enfrían tanto que pasan a ser hielo. Miré a mi alrededor y ninguna se movió; despacio y con cuidado, me arrastré unos centímetros hacia delante, girándome para ver la medusa que tenía detrás. Tenía el agujijón levantado justo donde antes estaba mi nuca. Observé a Okwu, que no dijo nada. Y luego a la líder. Bajé la mirada. Me aventuré a echar otro vistazo con la cabeza aún inclinada.

—Elige —dijo la medusa líder.

Mi escudo. Mi intérprete. Intenté flexionar los músculos de la mano, pero me recibieron con un dolor agudo e intenso. Habían pasado tres días. Estábamos a cinco horas de Oomza Uni. Volví a probar. Grité. Dentro del *edan* palpitaba un punto azul brillante entre sus hendiduras negras y grises, iluminando los círculos y remolinos, como si se tratara de uno de los caracoles bioluminiscentes que invadían las playas del lago de mi pueblo.

Cuando el índice izquierdo se separó del *edan*, no pude contener las lágrimas. El brillo blanco azulado del *edan* se desdibujó ante mis ojos. Las articulaciones crujieron y los músculos sufrieron espasmos. Despegué el dedo corazón y el meñique. Me mordí el labio tan fuerte que saboreé sangre. Aspiré varias bocanadas de aire rápidas y flexioné todos y cada uno de mis dedos a la vez. Todas las articulaciones hicieron ¡CRAC! En mi cabeza zumbaban miles de abejas. El cuerpo se me entumeció. El *edan* cayó de mis manos. Lo vi caer justo ante mis ojos y tuve ganas de reír. La corriente azul que había conjurado bailaba ante mí: la definición de armonía creada a partir del caos.

Al caer al suelo, el *edan* produjo un suave pop, rodó dos veces y se detuvo. Acababa de firmar mi sentencia de muerte. La cabeza comenzó a pesarme... y todo se volvió oscuro.

— oOo —

Las medusas tenían razón. No podía representarlas si seguía sujetando el *edan*. Esto era Oomza Uni. Seguro que alguien lo sabía todo sobre el *edan* y lo tóxico que resultaba para las medusas. Nadie en Oomza Uni se habría creído de verdad que era su embajadora a menos que lo soltara.

Muerte. Cuando abandoné mi hogar, morí. No había rezado a las Siete antes de marcharme. No creía que fuera el momento. No me había ido de peregrinación como una mujer de verdad. Estaba convencida de que regresaría a mi pueblo convertida en una mujer plena para hacerlo. Había abandonado a mi familia. Pensé que podía volver con ellos cuando terminara lo que debía hacer.

Ahora no podría volver jamás. Las medusas. Las medusas no son como creen los humanos. Son verdad. Nitidez. Decisivas. Líneas claras y aristas. Entienden de honor y de deshonor. Tenía que ganarme su honor y la única forma de conseguirlo consistía en morir por segunda vez.

Sentí el agujijón hundirse en mi columna justo antes de desmayarme y justo después de hacer aparecer una feroz línea de corriente que dirigí hacia el *edan*. Un dolor atroz. Y me marché. Los dejé, abandoné la nave. Podía oír el canto sin palabras de la criatura; sabía que cantaba para mí. Dedicué mi último pensamiento a mi familia y deseé que les llegara.

— oOo —

Hogar. Olía a la tierra de la linde del desierto justo antes de que lloviera, durante la temporada fértil; al lugar que había detrás de la Raíz, donde cavaba en busca de la arcilla que usaba para mi *otjize* y perseguía geocos, demasiado frágiles para sobrevivir en el interior del desierto. Abrí los ojos. Me hallaba en la cama de mi habitación, desnuda a excepción de la falda que llevaba atada a la cintura. Tenía el resto del cuerpo suave, recubierto de una capa gruesa de *otjize*. Abrí bien las fosas nasales e inhalé mi aroma. Hogar...

Al sentarme, algo cayó rodando de mi pecho. Aterrizó en la entrepierna y lo cogí. El *edan*. Estaba frío al tacto y lucía el mismo azul apagado de siempre. Me llevé una mano a la nuca. El punto donde me habían clavado un agujón dolía; lo notaba lleno de durezas y costras, cubierto asimismo de *otjize*. El astrolabio descansaba en el arco de la ventana; comprobé el mapa y me quedé mirando el exterior durante mucho rato. Gruñí al levantarme poco a poco. Mi pie chocó contra algo en el suelo. El tarro. Dejé el *edan* y lo agarré con las dos manos. Estaba más que medio vacío. Solté una carcajada, me vestí y fui a mirar por la ventana otra vez. Aterrizaríamos en Oomza Uni dentro de una hora y la vista era espectacular.

— oOo —

No vinieron, ni a decirme qué hacer ni cuándo hacerlo. Me até a la silla negra de aterrizaje que había junto a la ventana y contemplé las increíbles vistas que se expandían ante mis ojos. Había dos soles, uno muy pequeño y otro grande situado a una cómoda lejanía. Contaba con muchas más horas de sol en todas las partes del planeta que de oscuridad, aunque en Oomza Uni apenas había desiertos.

Usé la visión binocular de mi astrolabio para ver las cosas de cerca. Oomza Uni, un planeta pequeño comparado con la Tierra. Con solo una tercera parte de agua, sus tierras exhibían todos los tonos del arcoíris: zonas de color azul, verde, blanco, morado, rojo, blanco, negro, naranja. Y algunas eran lisas y otras estaban jalonadas con cimas que tocaban las nubes. La parte hacia la que nos precipitábamos era naranja, aunque salpicada de manchas densas y verdes por los lagos pequeños, las arboledas enormes y los bosques de un gris azulado compuestos de prominentes rascacielos.

Mis oídos se taponaron al entrar en la atmósfera. El cielo se volvió de color rosa claro y luego, naranja rojizo. Miraba al exterior desde una bola de fuego, dentro del aire que se rasgaba a medida que entrábamos en la atmósfera. La nave no se agitaba ni vibraba, pero podía ver el calor que generaba. Al día siguiente de nuestra llegada, se despojaría de la piel mientras se reajustaba a la gravedad.

Caímos del cielo y pasamos zumbando entre estructuras monstruosamente hermosas; los rascacielos de la Tierra parecían minúsculos en comparación. Me reí como una loca mientras descendíamos más y más. Caíamos y caíamos. No surgieron naves militares del cielo para dispararnos. Aterrizamos y, poco después de estar sonriendo de la emoción, me pregunté si matarían al piloto ahora que ya no les era de ninguna utilidad. Eso no lo había negociado con las medusas. Me arranqué el cinturón de seguridad, di un salto y me estrellé contra el suelo. Las

piernas me pesaban un muerto.

—¿Qué...?

Escuché un ruido horrible, un rumor apagado que borboteó hasta convertirse en un gruñido que sonaba a enfado. Miré a mi alrededor, segura de que un monstruo estaba a punto de irrumpir en mi habitación. Pero entonces me di cuenta de dos cosas. Okwu flotaba junto a la puerta y podía entender sus palabras.

Hice lo que decía y me impulsé hasta quedarme sentada con las piernas cerca del pecho. Aferrada a un costado de la cama, me alcé hasta sentarme en ella.

—Tómate tu tiempo —dijo Okwu—. Tu especie no se adapta bien a la *jadevia*.

—¿Te refieres a la gravedad? —pregunté.

—Sí.

Me fui levantando poco a poco. Di un paso y miré a Okwu, y luego a la puerta vacía.

—¿Dónde están las demás?

—Esperando en el comedor.

—¿Y el piloto? —inquirí.

—También en el comedor.

—¿Vivo?

—Sí.

Suspiré, aliviada, y guardé silencio. El sonido de sus palabras vibraba contra mi piel. Esa era su verdadera voz. Además de oírla en su frecuencia, podía ver cómo le temblaban los tentáculos al hablar. Y podía entenderlos. Antes, el temblor de sus apéndices no parecía responder a razón alguna.

—¿Es por el aguijonazo? —pregunté.

—No —respondió—. Es otra cosa. Nos entiendes porque eres lo que dices ser: una armonizadora.

No me molesté en comprenderlo. No en ese momento.

—Tu tentáculo —dije—. Tu *okuoko*.

Le colgaba recto, aún rosado, pero translúcido como los demás.

—Usamos el resto para ayudar a las medusas heridas —dijo—. Mi pueblo recordará al tuyo.

Cuanto más hablaba, menos monstruosa me parecía su voz. Di otro paso.

—¿Estás lista? —preguntó Okwu.

Lo estaba. Dejé el *edan* junto con el resto de mis cosas.

— oOo —

Seguía débil por el aterrizaje, aunque más me valía que pasara pronto. No sé cómo habían anunciado su presencia a las autoridades de Oomza Uni, pero ya lo habían hecho. Si no, ¿cómo íbamos a salir de la nave durante el momento con más luz del día? Entendí el plan en cuanto Okwu y la medusa líder vinieron a mi habitación. Las seguí por el pasillo. No atravesamos el comedor, allá donde tantos habían sido brutalmente asesinados, y me alegré. Pero al pasar por delante de la puerta, vi a todas las medusas. Los cadáveres habían desaparecido. Las sillas y las mesas estaban amontonadas al otro lado de la gran sala, como apartadas por un vendaval. Entre pliegues y

tentáculos, creí entrever a alguien vestido con el uniforme suelto y rojo de piloto, pero no estaba segura.

—Sabes lo que vas a decir —dijo la líder. No era una pregunta, sino una afirmación que contenía, a su vez, una amenaza.

Llevaba puesta mi mejor falda roja atada a la cintura, hecha a partir del hilo de gusanos bien alimentados. La había comprado para mi primer día de clase en Oomza Uni, pero esta ocasión era más importante. Me había aplicado *otjize* fresco sobre la piel y sobre el cabello para espesarlo más aún. Al acariciar las trenzas, suaves como el cuerpo de una serpiente, noté que el pelo me había crecido unos tres centímetros desde que había dejado mi hogar, lo que resultaba muy extraño. Observé la parte nueva que había crecido, gruesa y tiesa, y me quedé admirando su marrón oscuro antes de impregnarla de *otjize* y enrojecerla. Sentí un hormigueo en el cuero cabelludo mientras me lo aplicaba. Me dolía la cabeza y estaba agotada. Me acerqué las manos cubiertas de *otjize* a la nariz e inhalé el aroma a hogar.

Una noche, hacía unos años, me escabullí al lago con otras amigas para lavarnos y quitarnos todo el *otjize* con el agua salada. El proceso nos llevó media noche, y acabamos mirándonos las unas a las otras, horrorizadas por lo que habíamos hecho. Si un hombre nos veía así, nuestras vidas quedarían arruinadas. Si algún progenitor nos veía así, todas recibiríamos una paliza, aunque solo sería una fracción del castigo. Nuestras familias y la gente que conocíamos creerían que éramos mentalmente inestables si se enteraban, y eso también estropearía nuestras posibilidades de matrimonio.

Pero, sobre todo, al margen de la atrocidad que habíamos cometido, todas sentimos una conmoción... abrumadora y gloriosa. El pelo nos colgaba en matas espesas, negro a la luz de la luna. Nuestra piel, de color marrón oscuro, relucía. *Relucía*. Soplaban una brisa nocturna que nos pareció maravillosa sobre nuestra piel expuesta. Recordaba todo eso mientras me aplicaba *otjize* en el trozo de pelo que me había crecido, cubriendo el marrón de mi cabello. ¿Y si me lo quitaba todo ahora? Era la primera himba en acudir a Oomza Uni. ¿La gente de aquí notaría siquiera la diferencia? Pero Okwu y la medusa líder llegaron unos minutos después y no tuve tiempo. Además, en serio; estaba en Oomza Uni. Alguien podría conocer o investigar a mi pueblo. Y esa persona sabría que, si me quitaba todo mi *otjize*, estaría desnuda... y loca.

«Tampoco es que quiera hacerlo», pensé mientras caminaba detrás de Okwu y la líder. Había soldados esperando en la entrada; humanos los dos. Me pregunté qué pretendían con eso. Llevaban caftanes azules sin zapatos, igual que en las fotos que había visto en los libros.

—Tú primero —gruñó la líder, colocándose detrás de mí.

Noté que uno de sus tentáculos, pesado y terso, me empujaba con suavidad justo en el punto de la nuca donde me habían agujoneado. Me enderecé por el dolor. La extraña vibración de su voz, más suave aún, me hizo cosquillas en la oreja:

—Sé fuerte, chica.

Siguiendo a los soldados y seguida por dos medusas, pisé la superficie de otro planeta por primera vez en mi vida. Aún sentía un hormigueo en el cuero cabelludo, que se juntaba con la mágica sensación de estar tan lejos de casa. Al bajar de la nave, lo primero en lo que me fijé fue en el olor y la consistencia del aire. Olía a selva, a verde, a frondosidad de hojas. El aire estaba lleno de *agua*. ¡Igual que las cámaras de respiración repletas de plantas en la nave!

Inhalé con los labios abiertos, siguiendo todavía a los soldados por una pasarela negra

descubierta. Detrás de mí oía a las medusas, aspirando las volutas de gas que echaban, aunque sin hacer mucho ruido, no como en la nave. Nos dirigíamos hacia un edificio grande: la estación.

—Les vamos a llevar al edificio presidencial de Oomza Uni —me dijo uno de los soldados en un khoush perfecto. Una arruga de preocupación se formó en su ceño cuando miró a las medusas—. No sé... Su idioma... ¿Puede usted...?

Asentí.

Parecía tener unos veinticinco años y su piel era oscura, como la mía. Pero, a diferencia de los hombres de mi pueblo, la llevaba desnuda, iba con el pelo rapado y era bastante bajo; yo le sacaba una cabeza.

—¿Les importa si usamos el transporte rápido?

Me giré para traducírselo a Okwu y a la medusa líder.

—Mira que son primitivos —respondió la última. Pero ambas accedieron a subir a la lanzadera.

— oOo —

Las paredes y el suelo de la sala eran de un azul claro; las enormes ventanas abiertas dejaban pasar la luz del sol y la cálida brisa. Había diez profesores, uno por cada departamento universitario. Estaban sentados, de pie, flotando y en cuclillas, detrás de una larga mesa de cristal. Soldados con uniformes azules se apostaban en las paredes azules bajo una luz azulada. La sala contenía seres de tantas especies distintas que me costaba concentrarme. Pero tenía que hacerlo o habría más muertes.

El portavoz de todos los profesores se parecía tanto a un dios de los moradores de las arenas que casi se me escapó una carcajada. Parecía una araña hecha de viento, gris y ondeante, visible pero no del todo. Hablaba con un susurro que podía escuchar a la perfección a pesar de que estábamos a varios metros de distancia. Y lo hacía en el idioma de las medusas.

Se presentó a sí mismo con algo que sonó a «Haras».

—Decid lo que queráis decir —anunció.

Y toda la atención recayó de repente sobre mí.

— oOo —

—Ninguno de ustedes ha visto jamás a alguien como yo —dije—. Mi gente vive cerca de un pequeño lago salado que limita con el desierto. En mi tierra, el agua potable, la que los humanos pueden beber, es tan escasa que no la usamos para bañarnos como hacen otros. Nos lavamos con *otjize*, una mezcla de arcilla roja de la tierra y aceites de las flores autóctonas.

Varios de los profesores humanos se miraron y soltaron una risita. Uno de los seres con pinta de insecto chasqueó las mandíbulas. Fruncí el ceño, dilatando las aletas de la nariz. Era la primera vez que recibía un trato similar al modo en que los khoush nos trataban en la Tierra. Y, en cierta forma, me tranquilizó. Así son las personas, sean de donde sean. Los profesores no eran distintos al resto del mundo.

—Es la primera vez que dejo la casa de mis padres. Nunca había salido de mi propio pueblo,

por no hablar del planeta Tierra. Unos días más tarde, en la oscuridad del espacio, todas las personas de mi nave, a excepción del piloto, fueron asesinadas, muchas delante de mis propios ojos, por unos seres que están en guerra con aquellos que ven a mi gente casi como esclavos. — Esperé a que el mensaje calara, y luego proseguí—. Ustedes tampoco habían visto a las medusas antes. Solo las han estudiado... de lejos. Lo sé. Yo también he leído cosas acerca de ellas. — Avancé un paso—. Incluso puede que alguien de ustedes o uno de sus alumnos haya estudiado de cerca el aguijón que tienen en el museo armamentístico.

Observé que se lanzaban miradas entre ellos. Algunos murmuraron algo a otro profesor. Había especies que no conocía lo suficiente como para saber lo que estaban haciendo. Mientras hablaba, me dejé llevar por un ritmo, un estado meditativo muy parecido a los inducidos por las matemáticas, aunque en esta ocasión estaba plenamente consciente. Las lágrimas no tardaron en brotar de mis ojos. Les relaté concienzudamente cómo vi estallar el pecho de Heru, mi acopio desesperado de comida, el encierro en la habitación mientras esperaba la muerte, el *edan* salvándome y yo sin saber ni cómo ni por qué.

Hablé de Okwu y de cómo el *otjize* había acabado siendo mi salvación. Hablé de la fría precisión, concentración, violencia, sentido del honor y disposición de escuchar de las medusas. Dije cosas que no recordaba haber pensado o entendido. Hallé palabras que no creía conocer. Y, al fin, les expliqué cómo podían complacer a las medusas y evitar un baño de sangre en el que todos saldrían perdiendo.

Estaba segura de que aceptarían. Los profesores eran más cultos de lo que habría podido imaginar. Considerados. Perspicaces. Unidos. Únicos. La líder de las medusas se adelantó y narró los hechos también. Estaba enfadada, pero fue minuciosa, y habló con una elocuencia basada en una lógica árida.

—Si no nos lo entregáis por voluntad propia, está en nuestro derecho recuperar lo que nos fue arrebatado de forma tan brutal y sin provocación alguna —dijo.

Tras el discurso de la medusa líder, los profesores estuvieron debatiendo el asunto durante una hora, aunque no se retiraron a otra sala. Lo hicieron delante de nosotras tres, reunidos en un grupo lejos de la mesa de cristal.

Okwu, la líder y yo nos quedamos allí. En mi hogar, los ancianos siempre habían sido estoicos y sosegados; los debates se llevaban a cabo en privado. Para las medusas debía de ser algo parecido, porque a Okwu le temblaban los tentáculos.

—¿Qué clase de gente es esta? —dijo.

—Deja que hagan lo correcto —respondió la líder.

A unos metros de donde estábamos, detrás de la mesa de cristal, los profesores se gritaban con ira, a veces se carcajeaban de júbilo, golpeaban a alguien en la cara con las antenas o chasqueaban las orejas para llamar la atención de sus colegas. Un profesor del tamaño de mi cabeza volaba de una punta del grupo a la otra, produciendo telarañas de una luz gris que descendían lentamente sobre los demás. Este método caótico de locura decidiría si vivía o moría.

En medio de esa algarabía capté retazos sobre historia y métodos de las medusas, los mecanismos de *Pez Tercero* y los estudiosos que habían traído el aguijón. A Okwu y a la líder no parecía molestarles estar flotando mientras esperábamos. Pero a mí se me cansaron las piernas y me senté allí mismo en el suelo azul.

Los profesores se callaron al fin y volvieron a ocupar su lugar en la mesa de cristal. Me levanté con el corazón palpitándome en la boca y las palmas sudorosas. Miré a la líder y me sentí aun más nerviosa: le vibraban los okuoko y era de un color azul tan oscuro que casi resplandecía. Miré a Okwu y entre sus okuoko colgantes entreví el blanco de su agujón, listo para atacar.

Haras, el de aspecto arácnido, levantó las dos patas delanteras y en el idioma de las medusas dijo:

—En nombre de toda la gente de Oomza Uni y en nombre de la Universidad de Oomza, me disculpo por las acciones de un grupo de los nuestros, los que se llevaron su agujón, líder de las medusas. Buscaremos a los estudiosos que lo hicieron; serán expulsados y enviados al exilio. Los especímenes del museo que ostentan tal prestigio son muy apreciados en la universidad; sin embargo, esos objetos solo pueden adquirirse con el permiso del pueblo al que pertenecen. El protocolo de Oomza se basa en el honor, el respeto, la sabiduría y el conocimiento. Se lo devolveremos de inmediato.

Se me debilitaron las piernas y, sin darme cuenta, volví a sentarme en el suelo. Me pesaba la cabeza y sentía un cosquilleo por el cuero cabelludo. Mi mente estaba en blanco.

—Lo siento —solté en el idioma que había hablado toda mi vida. Algo me presionó la espalda para tranquilizarme. Okwu—. Estoy bien —le dije. Apoyé las palmas en el suelo y me levanté. Pero Okwu mantuvo el tentáculo en mi espalda.

—Binti —prosiguió el que respondía al nombre de Haras—, tu pueblo puede sentirse orgulloso. Quiero darte la bienvenida personalmente a Oomza Uni.

Con una de sus extremidades le hizo un gesto a la humana que había a su lado. Parecía khoush e iba vestida con ropajes verdes ajustados que cubrían cada centímetro de su cuerpo, del cuello hasta los pies.

—Esta es Okpala, del Departamento de Matemáticas. Cuando te hayas acomodado, además de ir a sus clases, estudiarás tu *edan* con ella. Según Okpala, lo que hiciste es imposible.

Abrí la boca para responder, pero Okpala levantó una mano para mandarme callar.

—Tenemos una petición —continuó Haras—. Nos gustaría que Okwu se quedara en Oomza Uni como la primera estudiante medusa que asiste a la universidad, y como muestra de la lealtad entre los gobiernos de Oomza Uni y de las medusas, así como renovación del pacto entre humanos y medusas.

—Por primera vez en mi vida —dijo la líder mientras Okwu se agitaba—, estoy aprendiendo algo externo a las creencias centrales. ¿Quién me iba a decir a mí que un lugar con tantos humanos pudiera contener tanto honor y perspicacia? —Hizo una pausa y prosiguió—: Lo consultaré con mis consejeras antes de tomar una decisión.

La medusa líder estaba complacida, se le notaba en la voz. Miré a mi alrededor. No había nadie de mi tribu. Estaba creando historia y, a la vez, me sentía muy sola. ¿Podría mi familia comprenderlo siquiera cuando se lo explicara? ¿O solo se fijarían en que casi había muerto, en que estaba demasiado lejos como para volver a casa y en que los había abandonado para «cometer el mayor error de mi vida»?

Me mecí sobre los pies, con una sonrisa en la cara.

—Binti —dijo la tal Okpala—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿A qué se refiere? —pregunté—. Quiero estudiar matemáticas y corrientes. Quizás podría crear un nuevo modelo de astrolabio. Me gustaría estudiar el *edan* y...

—Sí —respondió—, eso es cierto, pero ¿qué pasa con tu casa? ¿Volverás?

—Claro —dije—. Algún día iré de visita y...

—He estudiado a tu pueblo —soltó—. No aprecian a los forasteros.

—No soy una forastera —repuse, un poco irritada—. Soy...

Y fue entonces cuando lo vi. El pelo descansaba sobre mi espalda, pesado por el *otjize*, pero al levantarme, un mechón se había quedado sobre mi hombro. Noté que rozaba la parte delantera del hombro; ahora podía verlo.

Fruncí el ceño, sin querer moverme. Pero, incluso antes de percatarme, supe que debía caer en meditación y ramificar por desesperación. Me mantuve allí un momento: las ecuaciones pasaban volando por mi mente, como el viento y la arena. Percibía el movimiento a mi alrededor y, sin dejar de ramificar, me percaté de que los soldados abandonaban la sala. Los profesores se levantaban y conversaban entre ellos de distintas formas. Todos excepto Okpala, que me observaba a mí.

Alcé con lentitud un mechón de pelo, me lo acerqué a la cara y le quité el *otjize*. Resplandecía con un azul fuerte e intenso, igual que el del cielo en un día despejado en la Tierra, igual que el de Okwu y el de muchas otras medusas, igual que el de los uniformes de los soldados de Oomza Uni. Y era translúcido. Suave, pero duro. Me toqué la coronilla y presioné. Sentí lo mismo y... Sentí cómo mi mano los tocaba. El cosquilleo había desaparecido. Mi pelo ya no era pelo. En mis oídos resonó un zumbido cuando empecé a respirar con dificultad, aún meditando. Quería arrancarme la ropa e inspeccionar cada centímetro de mi cuerpo. Ver qué más había cambiado ese agujón. No había sido un agujón. Un agujón me habría arrancado las entrañas, como le pasó a Heru.

—Solo el pelo —dijo Okwu—, nada más.

—¿Por eso os entiendo? —pregunté, impasible.

Hablar mientras meditaba era como susurrar con suavidad dentro de un profundo pozo en el suelo. Lo miraba desde un lugar oscuro y frío.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque debías entendernos y era la única forma —dijo Okwu.

—Y necesitábamos demostrarles que eras una auténtica embajadora, no nuestra prisionera —dijo la líder, antes de hacer una pausa—. Voy a regresar a la nave; tomaremos una decisión respecto a Okwu.

Se dio la vuelta para marcharse, pero entonces volvió sobre sus pasos.

—Binti, ostentarás para siempre el mayor honor entre las medusas. Mi destino es más fuerte por haberme llevado hasta ti.

Y se fue.

Me quedé allí, con mi cuerpo extraño. Si no hubiera estado sumida en la meditación, habría gritado hasta desgañitarme. Qué lejos estaba de casa.

Me contaron que las noticias de lo que había ocurrido se extendieron por toda Oomza Uni en cuestión de minutos. Decían que una hembra humana tribal de un lejano planeta azul había salvado a la Universidad de unas medusas terroristas al sacrificar su sangre usando su don especial para la armonía matemática y la magia ancestral. «Tribal»: así llamaban a los humanos pertenecientes a grupos étnicos demasiado remotos y «sin civilizar» como para enviar estudiantes a Oomza Uni con frecuencia.

Durante los dos días siguientes descubrí que la gente miraba mi piel oscura enrojecida y mi cabello extraño con asombro. Y cuando me veían con Okwu se tensaban y quedaban quietos, alejándose. Para ellos, yo era una humana exótica y fascinante y Okwu, una amenaza peligrosa. Okwu pertenecía a una especie guerrera que, hasta el momento, solo había sembrado terror por doquier. La medusa disfrutaba de su mala fama, mientras que yo solo quería adentrarme en un desierto tranquilo para poder estudiar en paz.

—Todo el mundo teme al honor firme y orgulloso —proclamó Okwu.

Estábamos en una de las bibliotecas de la Ciudad de las Armas y contemplábamos la sala vacía que antes contenía el agujón de la líder. A tres horas de la Ciudad de las Matemáticas, la Ciudad de las Armas rebosaba de actividad en cada calle, repleta de edificios grises enormes hechos de piedra. Debajo de cada una de esas estructuras había edificios invertidos que se extendían al menos un kilómetro bajo tierra, donde solo los estudiantes, investigadores y profesores del departamento sabían lo que se estaba inventando, probando o destruyendo. Fue allí donde me llevaron a mí, a la líder y a Okwu tras la reunión para recuperar el agujón.

Nos escoltó un individuo que parecía un niño pequeño de color verde, con raíces por cabeza; más tarde descubrí que se trataba del director de la Ciudad de las Armas. Fue él quien entró y abrió una vitrina de metro y medio por metro y medio, hecha de cristal grueso transparente. El agujón estaba colocado encima de un bloque de cristal y se asemejaba a un colmillo afilado de hielo.

La líder se acercó despacio a la vitrina, extendió un *okuoko* y, al tocar el agujón, exhaló una gran voluta azulada de gas. Nunca olvidaré cómo el cuerpo de la líder pasó de azul a transparente en cuanto el agujón volvió a formar parte de ella. Solo quedó una línea azul en el punto de demarcación donde se habían juntado: una cicatriz que le recordaría lo que habían hecho los seres humanos de Oomza Uni en aras de la investigación y la ciencia.

Más tarde, justo antes de que la medusa líder y las demás subieran a bordo de *Pez Tercero*, que las llevaría hasta su nave, situada fuera de la atmósfera, me arrodillé por petición de Okwu ante la líder y puse su agujón en mi regazo. Pesaba y se asemejaba a un trozo de agua sólida; el filo de su punta casi parecía poder hundirse en otro universo. Extendí una pizca de mi *otjize* sobre la cicatriz azul donde se había vuelto a unir. Tras un minuto, limpié un poco. La cicatriz azul había desaparecido. La líder había recobrado su soberana translucidez por completo. Las medusas se llevaban la mitad de la jarra de *otjize* que Okwu me había quitado, pues las sanaba por arte de magia. Y dejaban a una de las suyas: la primera medusa que estudiaría en la gran Universidad de Oomza. Las medusas se marcharon de Oomza Uni más felices y en mejores circunstancias que cuando llegaron.

Mi *otjize*. Sí, ahí hay una historia. Unas semanas después, tras el comienzo de las clases y cuando los demás ya empezaban a dejarme a mi aire, optando por mirarme simplemente y cotillear en silencio, me quedé sin *otjize*. Llevaba días sabiendo que pasaría. En el mercado había encontrado aceite perfumado de la misma composición química, hecho a partir de una flor negra que crecía en unas cavernas cercanas. Pero lo más complicado era encontrar una arcilla similar. Había un bosque no muy lejos de mi residencia, al otro lado de las bulliciosas calles y junto a uno de los edificios de aulas. Nunca había visto a nadie adentrarse en él, aunque se podía distinguir una senda despejada.

Esa tarde, antes de que oscureciera, fui andando hasta allí con el paso acelerado para ignorar todas las miradas. Me sentí agradecida cuando la cantidad de gente fue disminuyendo al acercarme cada vez más a la entrada del sendero. Llevaba mi bolsa y el astrolabio, un paquete de frutos secos y el *edan* en la mano, frío y pequeño. Lo apreté cuando dejé el camino y me adentré en el sendero. El bosque pareció engullirme a los pocos pasos; ya no podía entrever el cielo purpúreo. Sentía la piel casi desnuda, ya que la capa de *otjize* que llevaba era muy fina.

Dudé un momento, con el ceño fruncido. De donde yo venía, no teníamos sitios así. La densidad de los árboles, con tantas hojas, y el leve zumbido de los animales me hacían sentir asfixiada por el bosque. Pero al mirar el suelo, al mirarme las sandalias, encontré justo lo que necesitaba.

Hice *otjize* esa noche. A la mañana siguiente, después de mezclarlo, lo dejé reposar bajo la potente luz del sol. No asistí a clase ni comí aquel día. Por la tarde, fui a la residencia e hice lo que mi gente no acostumbraba a hacer: me bañé con agua. Mientras el líquido caía por mi pelo y mi cara, lloré. Lo único que me quedaba de mi hogar acabaría en los arroyos que alimentarían a los árboles que había fuera de mi residencia.

Al terminar, me quedé de pie, lejos de la corriente de agua que manaba del techo. Poco a poco, alcé la mano y me toqué el «pelo». Los *okuoko* eran blandos pero firmes, resbaladizos por el agua. Me rozaban la espalda, suaves y escurridizos. Los agité, libres por primera vez de *otjize*.

Cerré los ojos y recé a las Siete, algo que no había hecho desde mi llegada al planeta. Recé a mis padres vivos y a mis ancestros. Abrí los ojos. Era hora de llamar a casa. Pronto.

Eché una ojeada al espacio para bañarse. Lo compartía con otros cinco estudiantes humanos. Uno de ellos se marchaba cuando miré. En cuanto se fue, cogí la ropa y salí. Me envolví la falda alrededor de la cintura y me observé en el gran espejo. Estuve mirando mucho rato. No contemplaba mi piel oscura, sino allí donde antes tenía cabello. Los *okuoko* eran de un azul claro y transparente, con motas más oscuras en las puntas. Crecían de mi cabeza como si llevaran haciéndolo toda la vida, y de una forma tan natural que no podía decir que fueran feos. Colgaban por debajo de mi trasero, un poco más largos de lo que había sido mi cabello. Eran tan gruesos como serpientes de un tamaño considerable.

Había diez y ya no podía trenzármelos según el código de mi familia como hacía antes con mi cabello. Pellizqué uno y sentí la presión. ¿Crecerían igual que el pelo? ¿Acaso eran *lo mismo* que el pelo? Podía preguntarle a Okwu, pero no estaba lista para preguntarle nada. Aún no. Me apresuré a entrar en mi habitación para sentarme al sol y que se secaran.

Diez horas más tarde, cuando el ocaso cayó por fin, llegó la hora. Había comprado un recipiente en el mercado, hecho con el exoesqueleto del que se despojaban algunos estudiantes para venderlo más tarde y ganar un dinero extra. Era tan claro como los tentáculos de Okwu,

aunque lo habían tintado de rojo. Lo llené de *otjize* fresco, que parecía estar espeso y listo.

Junté los dedos índice y corazón de la mano derecha y justo cuando estaba a punto de extraer un poco, dudé, muy insegura de repente. ¿Y si mis dedos lo atravesaban como si fuera jabón líquido? ¿Y si lo que había recogido del bosque no era arcilla? ¿Y si era tan duro como la piedra?

Aparté la mano y respiré hondo. Si no podía hacer *otjize* aquí, entonces tendría que... cambiar. Toqué uno de mis mechones tentáculo y sentí una dolorosa presión en el pecho cuando mi mente intentó llevarme a un sitio donde no estaba lista para ir. Hundí los dos dedos en el nuevo mejunje y... lo agarré. Lo extendí por mi piel. Y lloré.

Fui a ver a Okwu a su residencia. Aún no sabía cómo llamar a los que vivían en ese descomunal complejo esférico lleno de gas. Al entrar, se veía que solo era un espacio amplio donde las plantas crecían en las paredes y colgaban del techo. No había dormitorios individuales, y unos seres parecidos a Okwu en ciertos elementos y distintos en otros atravesaban el extenso suelo, subían por las paredes o cruzaban el techo. De alguna forma, cuando entré por la puerta principal, Okwu siempre acudía unos minutos después y emitía una gran voluta de gas para reajustarse al aire exterior.

—Tienes buen aspecto —dijo mientras recorríamos la pasarela. A las dos nos gustaba por los vientos que la cálida agua marina creaba al pasar por debajo.

—Me *siento* bien —respondí.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Durante los dos últimos soles —dije.

—Me alegro. Empezabas a perder color. —Alzó un *okuoko*—. Estaba trabajando en una corriente amarilla para usar en el cuerpo tecnológico de uno de mis compañeros de clase.

—Oh —exclamé al ver su carne quemada.

Paramos para descansar y contemplar las aguas que se precipitaban a toda prisa. El alivio que sentía por la naturalidad y la veracidad del *otjize* empezó a desvanecerse enseguida. *Esta* sería la prueba de verdad. Me quité un poco de *otjize* del brazo y cogí el *okuoko* de Okwu con la mano. Apliqué la sustancia y solté el tentáculo conteniendo la respiración. Regresamos a mi residencia. El *otjize* de la Tierra había curado a Okwu y luego a la medusa líder. Curaría a muchas más. El *otjize* creado por mi gente, mezclado con mi tierra. Esa era la base del respeto que las medusas sentían hacia mí. Ahora todo había terminado. Yo era otra persona. Ya no era himba por completo. ¿Qué pensaría Okwu de mí?

Nos detuvimos al llegar a mi residencia.

—Sé en lo que estás pensando —dijo Okwu.

—Sé cómo sois las medusas —expliqué—. Sois un pueblo de honor, aunque firme y rígido. Y tradicional.

Sentí que me invadía la pena y sollocé. Me tapé la cara con la mano y noté que se manchaba con mi *otjize*.

—Pero te has convertido en mi amiga —dije. Cuando aparté la mano, tenía la palma roja por el *otjize*—. Eres lo único que tengo aquí. No sé cómo ha ocurrido, pero tú...

—Llamarás a tu familia y los tendrás —dijo Okwu.

Fruñí el ceño y me aparté de la medusa.

—Qué cruel —susurré.

—Binti —dijo soltando gas de una forma que significaba risa—. Tanto si llevas la sustancia

que puede curar y dar vida a mi pueblo como si no, soy tu amiga. Me siento honrada por conocerte.

Agitó sus *okuoko* y uno vibró. Solté un chillido cuando sentí la vibración en uno de los míos.

—¿Qué es eso? —grité con las manos alzadas.

—Significa que somos familia por batalla —dijo—. Eres la primera en unirme a mi familia de esta forma desde hace mucho tiempo. No nos gustan los humanos.

Sonreí. Okwu levantó un *okuoko*.

—Enséñamelo mañana —dije, no demasiado convencida.

—Mañana estará igual —fue su respuesta.

Cuando quité el *otjize*, la quemadura había desaparecido.

— oOo —

Me senté en silencio en mi habitación, observando el *edan* mientras enviaba una señal a mi familia mediante el astrolabio. La oscuridad reinaba en el exterior y, al mirar al cielo, a las estrellas, supe que la de color rosa era mi hogar. La primera en responder fue mi madre.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a mi hija Anyaugo por pensar en la trama de esta novela corta. Cuando te quedas bloqueada, pregunta qué pasará a continuación a una valiente niña de once años llena de imaginación; el bloqueo habrá desaparecido en un periquete. Muchas gracias a mi editor de [Tor.com](#), Lee Harris (uno de los principales visionarios del programa de novelas cortas de [Tor.com](#)) y a mi agente Don Maass (por saber dónde encajaría esta historia). Mil gracias a mi lectora beta Angel Maynard por todo su apoyo. Y, por último, me gustaría dar las gracias a una medusa, a una persona muy cercana a mí con profundas creencias tradicionales y tribales, al encantador pueblo himba de Namibia y a la antigua tierra futurista de los Emiratos Árabes Unidos por inspirarme a explorar el espacio.



NNEDI OKORAFOR (Cincinnati, Ohio, Estados Unidos). Nnedi Okorafor nació en Cincinnati, Ohio, el 8 de abril de 1974. Escritora de fantasía, ciencia ficción y ficción especulativa, ha publicado obras tanto para lectores adultos como para jóvenes. Es de ascendencia igbo de Nigeria y sus raíces africanas quedan constantemente reflejadas en sus libros.

Ha recibido numerosos premios literarios, entre los que destaca el *World Fantasy Award* por mejor novela para *Who Fears Death* y los premios Hugo y Nébula por la novela corta *Binti*. Quedó cuatro veces finalista del premio *Tiptree Jr.* por varias de sus obras, demostrando así la importancia del género en los personajes que crea.